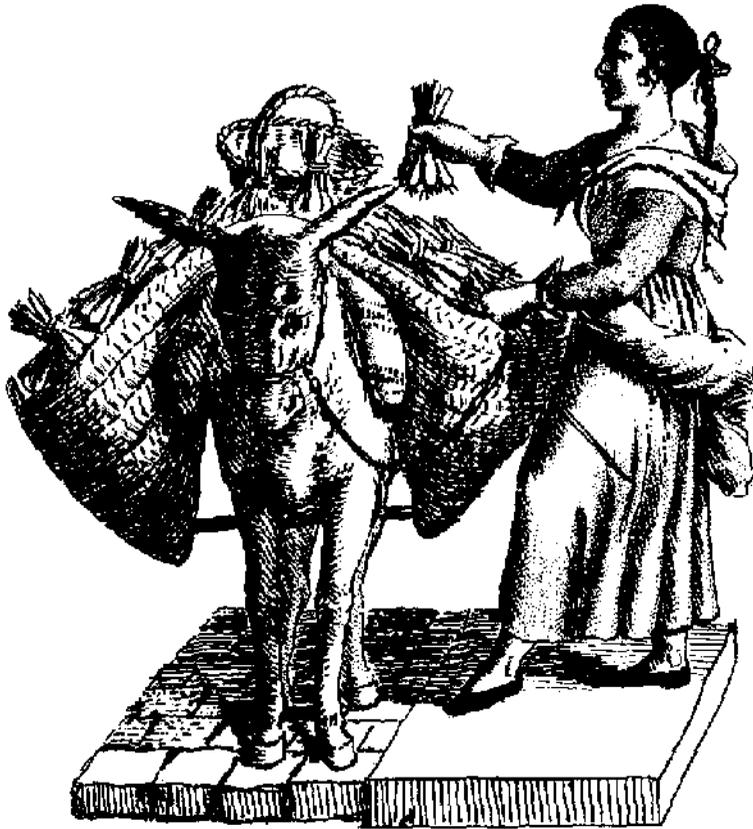


# Revista de **FOLKLORE**

Nº 97



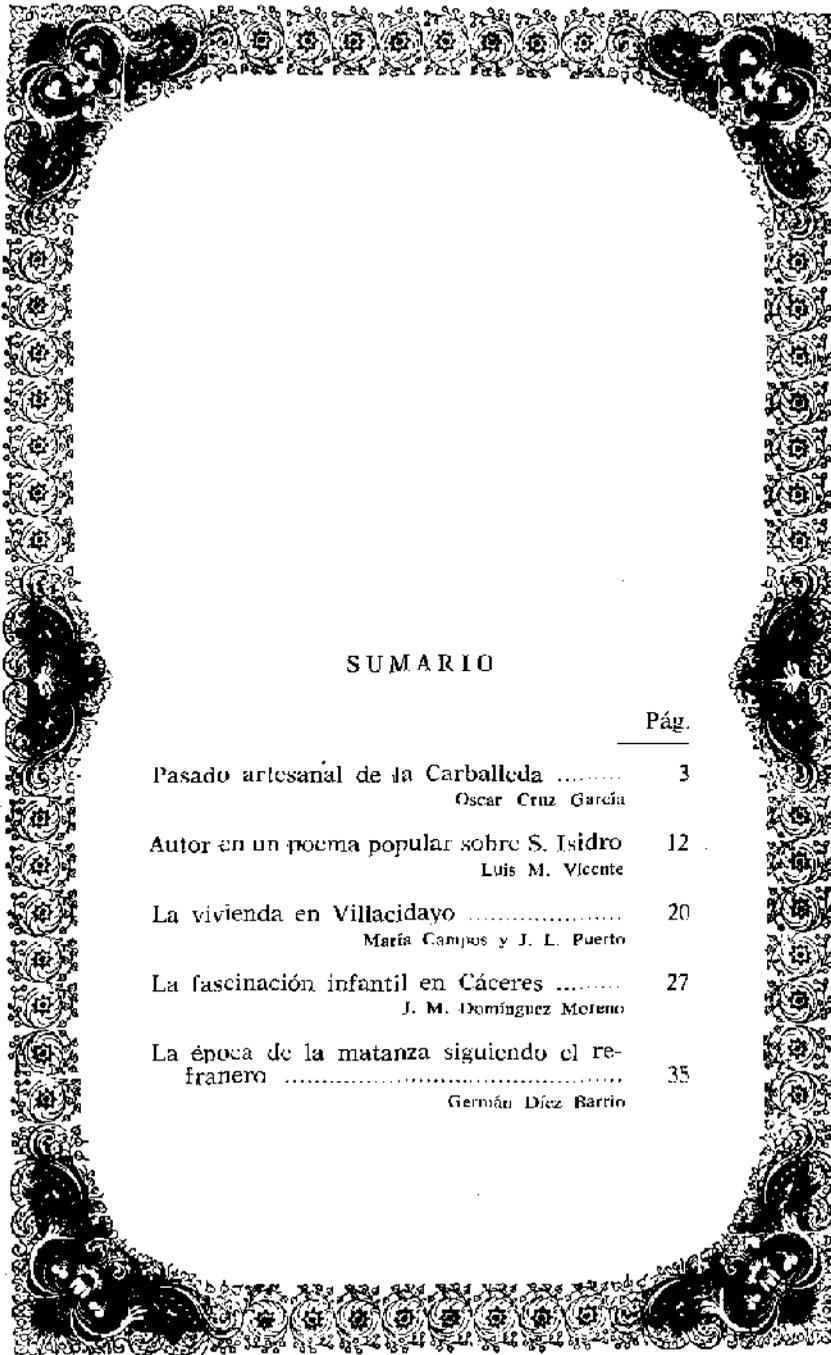
*La cebollera*

María Campos ■ Oscar Cruz García ■ Germán  
Diez Barrio ■ José María Domínguez Moreno  
Luis M. Vicente ■ José Luis Puerto

## Editorial

*Abordamos esperanzados un nuevo año con la alegría adicional de que en el curso del mismo alcanzaremos el número 100. Sin que pretendamos dar a una cifra más valor que el puramente simbólico, la cantidad de autores que hasta ahora han publicado en nuestras páginas, más el nivel y la estabilidad de la propia publicación aconsejan hacer un esfuerzo por dar a ese número un contenido especial. El molino, símbolo de la evolución del ser humano en su lucha por superarse y vencer las dificultades, nos ha parecido un tema suficientemente atractivo y digno de ocupar toda nuestra atención; observaremos este ingenio desde diferentes puntos de vista (técnico, costumbrista, lingüístico, etc.) aportando a su estudio nuevos e interesantes datos, inéditos en su mayor parte. Además, el molino constituye el emblema de la Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, publicación ejemplar y decana en el género a la que deseamos rendir tributo de admiración y respeto. Confiamos en que la ocasión sirva también para atraer la atención de jóvenes lectores, vivero de profesionales entusiastas que nos permitan afrontar el futuro con seguridad y confianza.*





SUMARIO

	Pág.
Pasado artesanal de la Carballeda .....	3
Oscar Cruz García	
Autor en un poema popular sobre S. Isidro .....	12
Luis M. Vicente	
La vivienda en Villacidayo .....	20
María Campos y J. L. Puerto	
La fascinación infantil en Cáceres .....	27
J. M. Domínguez Moreno	
La época de la matanza siguiendo el re- franero .....	35
Germán Díez Barrio	

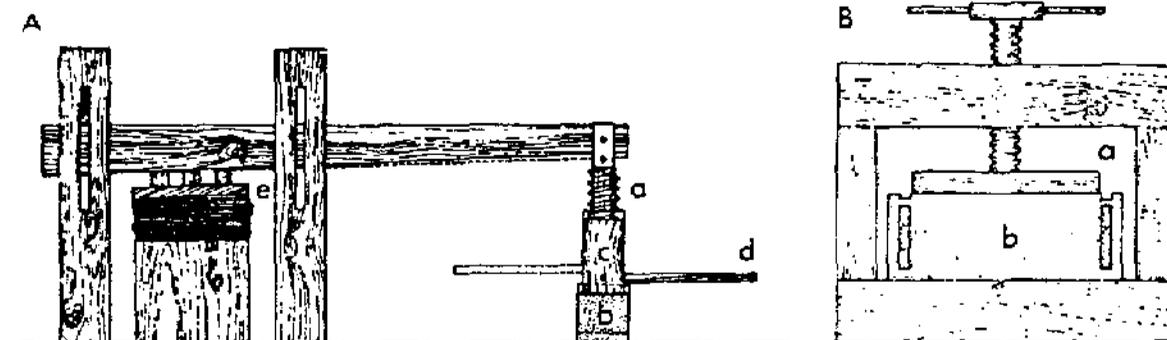
EDITA: Obra Cultural de la CAJA DE AHORROS POPULAR.  
Fuente Dorada, 6-7 - Valladolid, 1989.

DIRIGE la Revista de Folklore: Joaquín Díaz.

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Gráf. Turquesa.- C/ Turquesa, Parc. 254-B, Pol. I. S. Cristóbal - VA-1989.

## LA PRENSA DE TORNILLO



**A. Prensa de tornillo descrita por Hero.** En un extremo de la viga había un tornillo (*a*), con una «tuerca» (*c*) que se hacía girar con un mango y que tenía un peso de piedra (*b*). (*e*) es la fruta a prensar.

**B. La prensa directa de tornillo, de Hero.** La fruta se coloca en una caja (*b*) hecha de tablas que dejan escapar el jugo por las ranuras.

FIGURA nº 1

Cuando se abandona la carretera nacional 525, que va de Zamora a Orense por Puebla de Sanabria, y se toma la local que lleva a Manzanal de Arriba, sensiblemente paralela a la sierra de la Culcra y al río Tera, y que discurre entre ambos accidentes geográficos, se hace perceptible inmediatamente un cambio radical de paisaje, de hábitat y hasta de lengua y de costumbres de las poblaciones que se hallan al paso: decididamente, en la tierra de Tábara se abandona la gran comarca de Campos y el centro peninsular para adentrarse, casi sin solución de continuidad, en el Norte español.

Luego se descubre, al hablar con los habitantes del país, que se acaba de penetrar en la Carballeda —palabra de resonancia galaica, equivalente en castellano a robledal—, subcomarca de la más extensa y multiforme Sanabria que la limita por el Norte. Al Oeste, la Carba-

llada y la provincia de Zamora lindan con Portugal, y al Sur, trasponiendo la suave y no muy accidentada sierra de la Culcra, se encuentra el Aliste, también zamorano: suponemos que otro «paraíso» etnográfico, al estilo de la Carballeda.

El término municipal objeto de esta pequeña averiguación es, como ya se mencionó, Manzanal de Arriba. Al día de hoy, dicho término comprende, además de la cabecera homónima, las entidades de población siguientes: Codesal, Folgoso de la Carballeda, Linatejos, Pedroso de la Carballeda, Sagallos, Sandín y Santa Cruz de los Cuérragos.

Rodeando Manzanal de Arriba, y participando de su mismo horizonte vital dentro de la subcomarca aludida, se encuentran también los términos municipales de Mombuey, que incluye Fresno de la Carballeda y Valparaíso, y de Vi-

llardeciervos, que incluye Cional y Manzanal de Abajo.

Comparando los datos aportados por el Diccionario Madoz con los suministrados por los más recientes nomencladores de municipios españoles, vemos que la suma de habitantes de todas las entidades de población recién enumeradas ascendía a 3.065 en los años 1840-1850, y que hoy día esa suma se cifra en 2.997: la asombrosa coincidencia de estos simples totales demográficos, separados por siglo y medio de cuantificación estadística, nos da ya una idea clara del estado de estancamiento existencial que padecen los habitantes de la Carballeda.

Acorde con esta ya secular paralización de funciones vitales, se desarrolla una lánguida actividad económica, no muy diferente de la contemplada en el Diccionario Madoz. Según éste, había en el espacio considerado anteriormente —términos municipales de Manzanal de Arriba, Mombuey y Valparaíso—, hasta un total de 22 molinos harineros, algunos de ellos deteriorados o en decadencia —el dato es significativo—, dos batanes en Codesal y cinco lagares para fundir y prensar cera en Cional.

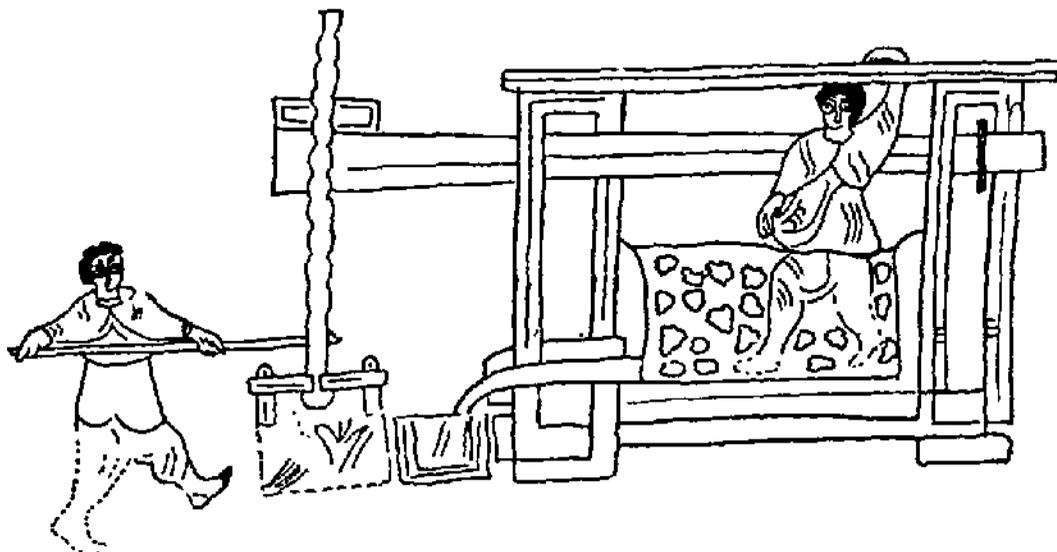
La que sí tuvo que ser importante actividad transformadora en la zona estudiada, a juzgar por las reiteradas menciones que de ella hace D. Pascual, es una más extendida que cuidada artesanía textil de lino y lana, realizada en pequeños talleres familiares en los que «... no se

emplea maquinaria; todo se hace a fuerza de brazos...» El producto de tales talleres: lienzos ordinarios o caseros, también llamados del país, y estameñas, se exportaba hacia Palencia o Béjar, Galicia o Portugal, por medio de la arriería, que constituía prácticamente la única forma de comercialización y fuente de aprovisionamiento conocidas, hasta hace poco, en estas comarcas zamoranas.

La agricultura sustentadora de tales producción y tráfico, se limitaba al cultivo de pequeños huertos cercados o «cortinas» de propiedad individual, mientras que prados, montes y tierras de labor constituían una estimable propiedad concejil —nuevo ejemplo de colectivismo agrario en el norte peninsular— que se sorteaba periódicamente entre todos los vecinos del concejo, debiendo éstos explotar su suerte a cambio del pago de un canon.

Ahora bien, como decía C. Fernández Duro en su artículo «Sayago», aparecido en el «Boletín de la Real Sociedad Geográfica, tomo VIII, Madrid, 1880 —y su afirmación puede extrapolarse a todo el occidente de la provincia de Zamora (Aliste, Sanabria)—: allí se han conservado «costumbres, trajes, vocablos y tratamientos que han desaparecido en otras partes».

Efectivamente, es una contradicción sobrecogedora, pero universalmente comprobada, que no podemos disfrutar de «paraísos» etnográficos y deleitarnos con los trabajos y los ocios



Lagar de viga. Del Beato del siglo x de la Biblioteca Nacional, fol. 124 v.º

FIGURA n.º 2

humanos tradicionales sino a cambio de ver cómo los entornos se despueblan y las tierras se yerman, alrededor de unos venerables y atractivos residuos culturales. Paseando por las calles de Sagallos y Codesal, se puede admirar aún una preciosa arquitectura popular, que agoniza pacientemente en espera de su ruina absoluta, con balcones/solanas corridos en plantas altas, esgrafiados en marcos de ventanas, dinteles grabados sobre puertas de labra auténticamente excepcional y bellísimos herrajes en cerraduras y llamadores.

Todo ello ha supuesto en el pasado la existencia de unas artesanías locales, de unos oficios campesinos —cantería, carpintería, forja— que sabían combinar admirablemente la funcionalidad con la estética. Hoy día sólo subsisten en los citados lugares, para consumo turístico o decoración de interiores, algún que otro pequeño taller de follero o fabricante de fuelles, de los que aún hemos visto algunos en manos de nuestras abuelas avivando el fuego en lumbres bajas de cocinas rurales: «... verdura de las eras...».

#### **LA INDUSTRIA DE LA CERA DE ABEJA EN LA SUBCOMARCA DE LA CARBALLEDA**

Según el Diccionario Madoz, sólo Cionl contaba en la década de 1840 a 1850 con cinco lagares «para fundir cera de abeja», y únicamente Santa Cruz de los Cuérragos mantenía en producción «varias colmenas» de miel y cera. El dato, importante, nos indica que, al menos en el conjunto poblacional estudiado en párrafos anteriores —Manzanal de Arriba, Mombuey, Villardeciervos—, aunque la cerería no constituye hoy día una actividad industrial excesivamente extendida, sí cuenta, en cambio, con una cierta tradición artesanal en este sentido. Y, si bien se han implantado colmenares por toda la tierra antes descrita— cuando no se ven desde la misma carretera, queda constancia topográfica de los mismos en el Mapa Nacional—, su producción no parece suficiente para dar trabajo económicamente rentable a «las» lagares existentes en Sagallos. El Madoz dice, por otra parte, y los habitantes del municipio de Manzanal de Arriba ratifican, que la cera en borra o en rama, es decir el panal recién sacado de la colmena desonjambrada y castrada, ha proveniendo siempre de otras tierras —Galicia, León, Salamanca y Portugal— en cantidades necesarias para mantener una producción normal de «las» lagares en funcionamiento, y que su «allegamiento» desde las ferias y mercados hasta Sagallos se ha efectuado siempre por medio de la consabida arriería.

Dos modalidades distintas ofrece la refinación del panal en esta subcomarca de la Carballeda en general, y en Sagallos en particular: la primera da como resultado cera VIRGEN, no melada, llamada también AMARILLA por su color ocre anaranjado; y la segunda produce cera BLANCA o blanqueada; es decir, oreada y soleada. Los procesos de manipulación a que se somete el material —cera en rama— son muy distintos en ambas modalidades. También son varios los aprovechamientos de los productos finales: mientras que la cera virgen se emplea en la preparación de barnices y sustancias limpiadoras y conservadoras de muebles, por ejemplo, y también en la fabricación de láminas de panal artificial, destinadas a armar las modernas colmenas prefabricadas, la cera blanca se utiliza, casi exclusivamente, en confeccionar los tradicionales cirios y velas de usos múltiples: religiosos, caseros, etc.

Procedemos ahora a una descripción del proceso de obtención de la cera virgen. En el edificio que contiene la máquina de lagar, existe a la izquierda de la misma un horno de mampostería, de volumen aproximadamente cúbico, provisto de un espacio hueco en su cara horizontal superior para encajar en él un caldero de fundición de unos 70 u 80 litros de capacidad, y de una abertura en la parte inferior de una de sus caras laterales, que se puede cerrar o abrir a voluntad para extraer por él las cenizas y restos de leña quemada. Este horno se llama «HORNIELLA» en el dialecto del país —en castellano con giros y dejos gallegos y portugueses—, y en él cuece, desde por la mañana temprano en días primaverales de buen tiempo, el agua que ha de mezclarse con la cera en rama. Cuando aquélla cuece, se añade la cera de panal —que despidе un intenso olor ácido, como a vinagre—, para que se reblandezca y pueda prensarse con mayor facilidad.

Cuando el ojo acostumbrado del lagarero percibe que esa cera está en su punto, llena dos cazos de cobre con la mezcla descrita y la vierte en otro caldero, también de fundición, que se encuentra embutido a presión en el centro del «CEPO», tronco de encina dura, desbastado y escuadrado, colocado justamente debajo del punto en que la viga ejerce su fuerza de compresión.

En este segundo caldero, que tiene el fondo agujereado a manera de colador, sobre el que se coloca una especie de bandeja o cestilla de esparto trenzado, llamado «REDEÑO», que sirve de filtro, encaja, también a presión, una suerte de tapón o «TACO», sobre el que actúa directamente la presión de la viga. Maniobrando «la

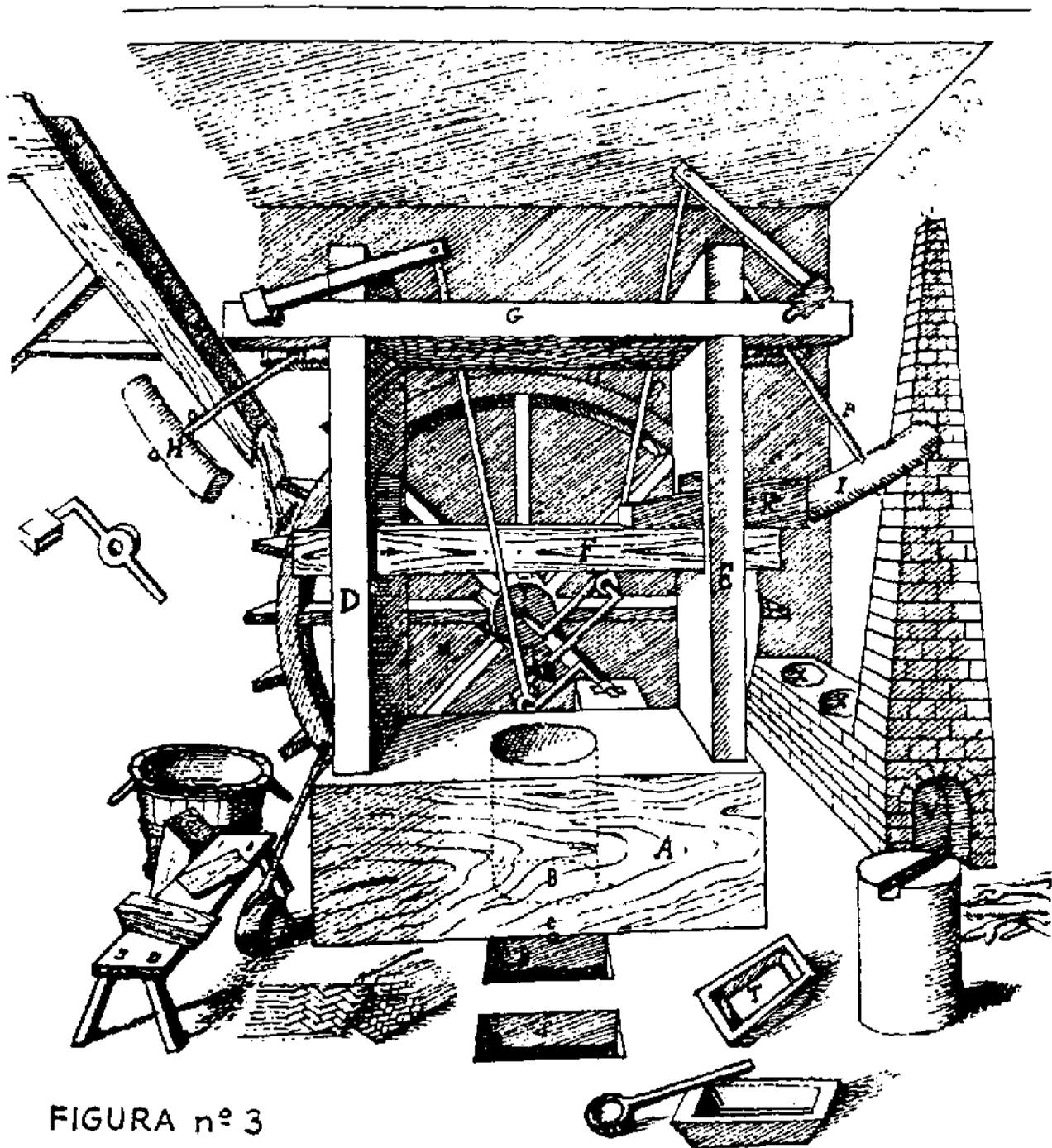


FIGURA nº 3

lagar convenientemente, se produce el prensado de la mezcla, que se prolonga de hora a hora y media. Al término de ese tiempo, se «desarma» la viga, maniobrando en sentido opuesto hasta lograr quitar el «taeo» al caldero del «cepo»; se saca el o los «redeños» para su limpieza, y se repite la operación cuantas veces sean necesarias hasta conseguir prensar tres o cua-

tro «calderadas» de mezcla. Por su parte, la mezcla ya prensada, filtrada y colada, pasa del caldero del «cepo» a una serie de tres recipientes aproximadamente cúbicos y comunicados entre sí, excavados los tres en un único tronco de encina: son los llamados «PILOS», que sirven para decantar la mezcla de agua caliente y cera blanda.

Siguiendo el orden del más próximo al más alejado del caldero del «cepo», en el primer «pilo» se concentra la cera más consistente y densa, mientras que parte de la mezcla, ya más fluida y ligera, se separa de ella y pasa al segundo «pilo» por un orificio inferior. En éste, vuelve a decantarse cierta cantidad de cera aprovechable, y el agua que queda, puramente residual, sale hacia el tercer «pilo» por un orificio superior. De ese agua residual, debidamente filtrada, se han venido separando siempre las impurezas que, prensadas y convertidas en «CONDA», se han utilizado para abono de la tierra. Otras veces, viejos e ingeniosos procesos campesinos de destilación han transformado dichas impurezas en aguardiente.

De los «pilos» primero y segundo se saca la cera aún blanda y caliente con cazos, y se deposita en unos moldes, excavados en piedra de granito, llamados «PILAS» —también los hay metálicos, móviles, de igual capacidad y forma—, donde aquélla se vuelve sólida a las 24 horas de permanencia en las mismas. Regando las «pilas» con agua fría se consigue que la cera se desprenda de la piedra, y se obtienen esos troncos de pirámide cuadrangular, de unos 75 kilogramos de peso por unidad, y color ocre anaranjado, que son los «PANES» de cera virgen, listos para su comercialización.

Veamos, en segundo lugar, cómo se lleva a cabo la obtención de la cera blanca. La cera en borra, procedente directamente de panal, se rompe y desmenuza, llenando con ella un caldero de cobre con baño de estaño para impedir el contacto directo de la cera con el cobre, puesto al fuego. En él permanece la cera hasta que empieza a cocer, momento en que el material es retirado del mismo con cazos y vertido en una batidora de madera, donde el efecto combinado de la batida y de la agregación simultánea de agua fría provoca el que la cera se «corte» o cuaje, convirtiéndose en grumos o gránulos. Este material, así granulado, es llevado en los días soleados de mayo, a los «TENDALES», grandes enlosados de piedra a la intemperie, donde lo revuelven y riegan todos los días, durante aproximadamente tres meses, al cabo de los cuales se dispone de cera blanca que, mezclada en ocasiones con parafina, está lista para su transporte y venta.

Hemos incluido en este apartado esa segunda modalidad de refinación de la cera como mera curiosidad, pues en su proceso, como acabamos de ver, no interviene ninguna compresión del material y, por lo tanto, éste no necesita para nada de la viga de lagar, que es propiamente el objeto de este estudio.

## DESCRIPCION DE «LA» LAGAR: ELEMENTOS CONSTITUTIVOS Y FUNCIONAMIENTO DEL CONJUNTO

Se llama comúnmente lagar tanto al recipiente donde se produce la compresión del material que debe ser prensado, como al edificio que cobija dicho recipiente. Por extensión, se aplica el mismo nombre al artefacto, si lo hay, que efectúa la compresión. La originalidad dialectal de esta subcomarca de la Carballeda ha convertido en femenino —«LA» LAGAR— un nombre que, en general y según el Diccionario de la R.A.E., se considera como masculino.

«La» lagar estudiada en Sagallos pertenece a D. Santos Romero Matellanes, que la utiliza aún con normalidad para producir cera virgen, aunque desconoce totalmente su antigüedad.

El edificio que alberga la máquina tiene una sencilla planta rectangular de, aproximadamente, 12×4 metros de medidas interiores. El espesor de los muros de mampostería es de 40 centímetros, y la cubierta, a dos aguas, tiene el caballete de intersección de ambas dispuesto según el eje longitudinal del edificio, y a 4,8 m. del nivel medio del suelo.

La máquina consiste, en esencia, en una VIGA de roble de 0,40×0,40 m. de sección y 8 m. de longitud, que va apoyada, a 0,80 y 4,5 m., medidos a partir de su extremo posterior —opuesto a aquel en que se aplica la potencia— en una serie de cuadradillos de madera, móviles, de 15×15 cms. de sección, de madera de pino, llamados «JUBOS» —advuértase la semejanza con la palabra castellana YUGOS—. Estos «jubos» se sustentan, a su vez, en unas armazones de madera de roble, llamadas «BERNIAS», que van firmemente ancladas en zapatas de losas de piedra en el suelo y sólidamente empotradas en vigas transversales que solidarizan —esto merece subrayarse— la máquina con el conjunto de la fábrica resistente del edificio. Estas «berrias» llevan unas aberturas en ambos costados de sus soportes verticales, para poder sacar y meter los «jubos» por ellas.

A aproximadamente 1,7 m. del mismo extremo posterior, pende de la viga, fuertemente anclado en ella, un cilindro de madera de encina, de 0,5 m. de diámetro y 0,50 m. de altura: el «TACÓ», que actúa como tapón para comprimir la mezcla contenida en el caldero del «cepo».

A 7,4 m. de ese mismo extremo —0,6 m. del opuesto— la viga lleva en su interior un orificio cilíndrico liso de 34 cm. de diámetro, por el

que penetra, sin contacto alguno con ella, un HUSILLO o tornillo de madera de olmo —también llamado negrilla—, de unos 3,5 m. de altura total. De esta altura, los 2,3 m. superiores llevan, labrada a mano con azuela, una rosca macho de 7,8 cm. de paso y 13 cm. de diámetro exterior. La rosca hembra, de iguales dimensiones, va tallada en el interior de una especie de tuerca llamada «CONCHA», también de madera de olmo, que se solidariza con la viga por medio de un par de ataduras de cuerda, fuertemente apretadas y anudadas.

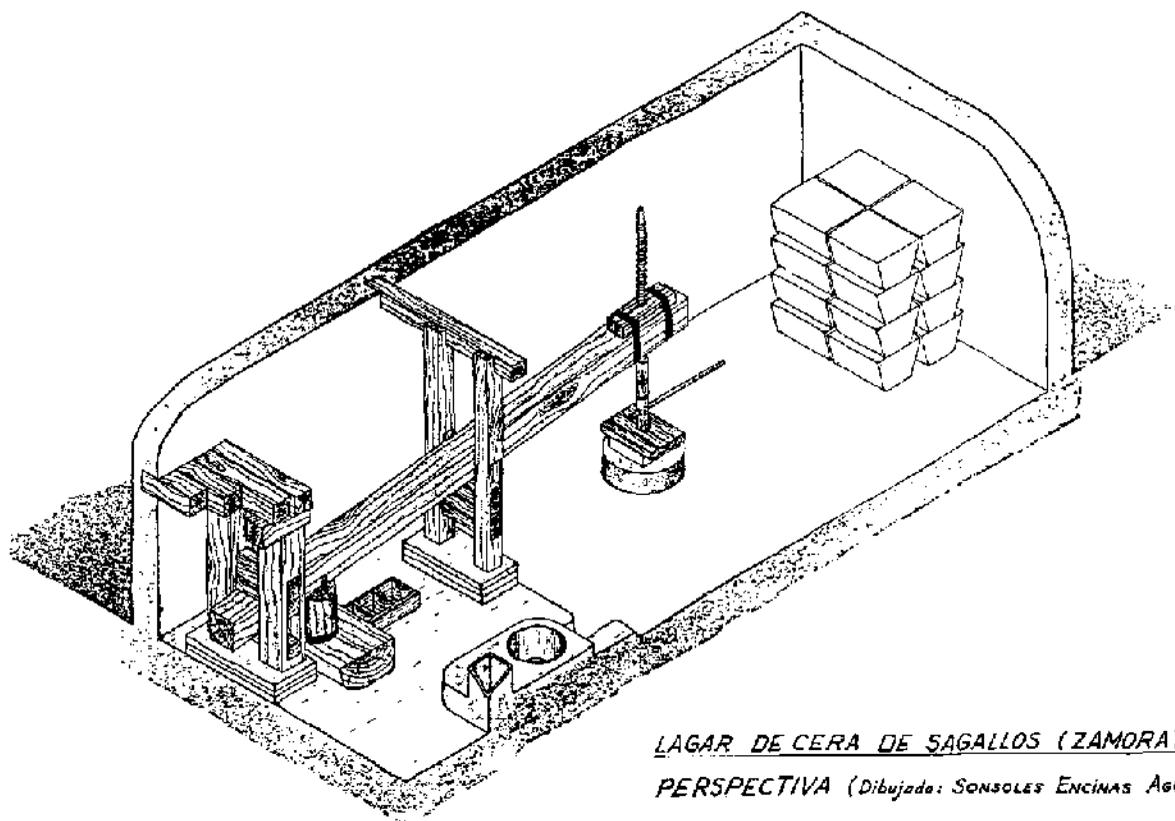
A 3 m. del extremo superior del husillo, una PALANCA o manivela, de 1,7 m. de longitud —1,4 m. hasta el eje del tornillo—, penetra diametralmente, y se asegura por medio de cuñas en el cuerpo del husillo, según un plano normal a su eje. Con esta palanca, movida manualmente, se proporciona al tornillo el giro que hace subir o bajar el extremo de la viga articulado al mismo. Fuertemente anclado en su extremo inferior, pende del husillo una mole formada por distintos volúmenes de madera, hormigón y piedra, cuyo peso realiza el esfuerzo de potencia requerido por la máquina.

Es interesante preguntarse por qué razones únicamente la «concha» lleva rosca hembra, y

no la viga, obligando entonces a asegurar desde fuera la actuación simultánea de ambos elementos. Hemos creído que la razón primordial estriba en la muy importante diferencia de momentos de inercia y, por tanto, de rigideces, existentes entre la sección de la viga y la del tornillo, que puede, en alguna maniobra forzada, llegar a partir este último.

Además, el husillo nunca trabaja perpendicularmente a la viga, que en ningún momento alcanza una posición horizontal. De esta forma, la rosca macho siempre roza en un sector de la rosca hembra más que en el opuesto; y ese rozamiento sería más pronunciado cuanto más larga fuera esa rosca hembra: la única forma de acortarla, sin reducir la sección de la viga, necesaria, por otra parte, para transmitir las fuertes cargas de compresión, ha sido «sacarla» de la misma y labrarla en el interior de una especie de tuerca aparte, de sección equivalente a la del husillo, solidarizada luego estrechamente con la viga por medio de cuerdas.

De todas formas, es ésta la parte más débil de la máquina estudiada. Una reparación, consistente en la unión ensamblada de la parte del tornillo con el resto del husillo, y reforzada con remaches y abrazaderas de metal, es prueba elo-



LAGAR DE CERA DE SAGALLOS (ZAMORA)

PERSPECTIVA (Dibujada: SONSOLES ENCINAS AGÜERO)

cuenta de cuál es la sección más usual de rotura del conjunto.

Por otra parte, el fundamento del trabajo de la máquina consiste en pasar de estar sustentada en tres puntos de apoyo: «bernias» traseras, «bernias» centrales y contrapeso del husillo, a hacerlo sobre dos: «bernias» traseras y «taco» de compresión.

Girando ligeramente el tornillo, se consigue ahuecar y liberar los «jubos» de las «bernias». En primer lugar, se realiza la operación en las «bernias» traseras, fijando el extremo posterior de la viga mediante un cambio de colocación de los «jubos» correspondientes, que se sitúan ahora todos por encima de dicho extremo inmovilizándolo; mientras, el contrapeso del husillo descansa en el suelo. En segundo lugar, se efectúa idéntica operación en las «bernias» centrales, sacando sus «jubos» y haciendo que el «taco» descienda y encaje en el caldero del «cepo»; mientras, el contrapeso del husillo no se mueve de su posición de descanso. En tercer lugar, se gira la palanca del tornillo y el contrapeso, al elevarse, produce la fuerza de potencia requerida para la compresión de la cera.

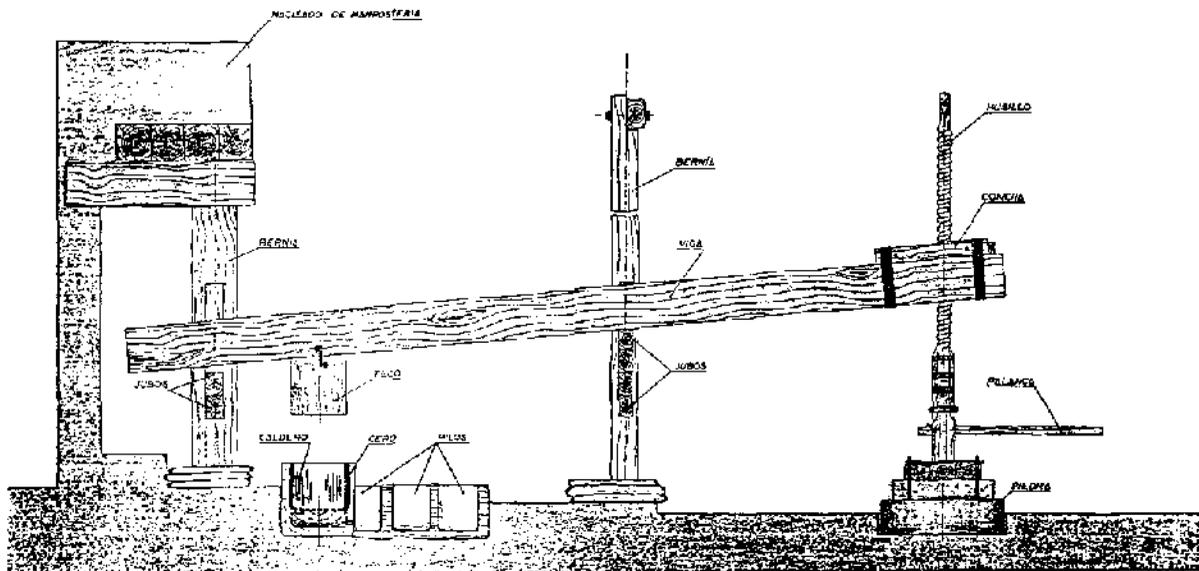
Realizando toda esta serie de operaciones en sentido inverso, se consigue destapar el caldero del «cepo», y devolver la máquina a su estado de reposo.

## VICISITUDES HISTÓRICAS DEL MODELO MECÁNICO CONSTITUTIVO DE «LA» LAGAR ESTUDIADA

Como acabamos de ver, la viga de lagar actúa, en definitiva, como una PALANCA DE SEGUNDO GENERO —punto de apoyo, resistencia, potencia—, al igual que la carretilla o la cuchilla de cortar bacalao. A dicha palanca se ha acoplado, en el extremo destinado a recibir el esfuerzo de POTENCIA, un TORNILLO para elevación y bajada de un contrapeso que, por simple gravedad, realiza dicho esfuerzo.

Tanto palanca como tornillo pertenecen al grupo de las «CINCO GRANDES» máquinas simples, conocidas por el hombre y estudiadas por los filósofos desde tiempos anteriores a nuestra Era. De esas cinco grandes máquinas —plano inclinado, cuña, tornillo, palanca y rueda—, las cuatro primeras debieron ser, con toda probabilidad, utilizadas desde los tiempos del Paleolítico. No así la rueda, que habrá de esperar, tanto en su aplicación como medio de transporte como en su versión dentada como elemento mecánico más evolucionado, varios milenios más hasta su total adaptación a la vida y necesidades humanas.

El primer filósofo/ingeniero que sistematiza de una forma racional todas estas máquinas



LAGAR DE CERA EN SAGALLOS (ZAMORA)

MÁQUINA (Dibujado: PEDRO CALLEJO MARTÍN)

ESCALA 0 1 2 3 m.

simples y expone de manera definitiva la teoría de su funcionamiento, es ARQUIMEDES DE SIRACUSA (+212 a. de C.). Es él quien, por primera vez, considera la rueda como una construcción circular engendrada por el giro de una palanca de un solo brazo, y define el tornillo como un plano inclinado arrollado en torno a un cilindro. El mismo Arquímedes realiza una importante aplicación práctica de este último, al idear un helicóide que, girando dentro de un cilindro estanco dispuesto según un plano inclinado, sirve para elevar agua. El invento de Arquímedes, basado en el conocimiento de las propiedades mecánicas del tornillo, hubo de ceder históricamente su primer puesto, como máquina elevadora, a la noria o azuda, que representa la misma evolución técnica, en este caso respecto de la rueda.

Contemporáneo de Arquímedes es HERON (+221 a. de C.), gran físico y matemático de la escuela DE ALEJANDRIA, cuyos ingenieros demostraron que las «cinco grandes» máquinas, por separado, representan una ayuda inestimable para el trabajo humano, pero que, combinadas entre sí, multiplican geométricamente sus posibilidades y hacen que el hombre se adscriba decisiva y definitivamente a la historia del maquinismo y de los progresos tecnológicos.

A Herón de Alejandría debemos descripciones de, entre otros muchos inventos, engranajes de reducción, máquinas herramientas para la talla de roscas hembras, «odómetros» o primeros contadores de distancias recorridas, «dioptras» o teodolitos arcaicos..., e igualmente de las primeras prensas de tornillos: prensas directas o simples, de tornillo único o doble, y también prensas compuestas en las que el tornillo entra a vuelta de rosca en una «tuerca» dispuesta al extremo de una viga que, al girar alrededor de su extremo opuesto fijo, comprime la materia colocada en medio. (Véase la fig. núm. 1, reproducida del libro «Historia de la máquina», de S. Strandh).

Digamos inmediatamente que el mecanismo de prensa directa, de uno o dos tornillos, va a perpetuarse durante siglos y caracterizar los primeros modelos conocidos de máquinas de imprimir y de acuñar moneda en su troquel o estampar sello en su matriz. En cuanto a la prensa compuesta, Herón describe sin más el conjunto de viga/husillo, característico de tantísimos lagares que han existido y aún existen a todo lo largo y ancho de la geografía mediterránea y que, en nuestro país, ha servido y sirve todavía, aunque en casos muy limitados ya, a la prensa de uva, manzana, aceituna... y panal de cera.

Tenemos una bellísima y muy valiosa muestra de la perpetuación en el tiempo del modelo de lagar antes descrito, en una miniatura del Beato del siglo X de la Biblioteca Nacional (folio 124, v.º) (véase la fig. núm. 2). La reproducción que incluimos procede de «Estampas de la vida en León durante el siglo X», de Claudio Sánchez-Albornoz —Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1934—, y no creemos que esté fuera de lugar copiar aquí la nota 124, al pie de la página 128 de la citada edición. Escribe D. Claudio:

«En todos los Beatos del siglo X y de la primera mitad del XI se hallan reproducidos lagares. Véanse los de Gerona (folio 373), Valladolid (fol. 148 v.º). Bibl. Nacional (fol. 124 v.º), Escorial (fol. 120), Fernando I (fol. 206), Ac. de la Historia (folio 181) y Osma (fol. 132 v.º). En todas estas pinturas el lagar tiene viga. El texto bíblico impone a los iluminadores en todas ellas la presencia de caballos y la desfiguración del lagar que tenían delante de los ojos, que habían visto mil veces en la apoteca del monasterio donde trabajaban o en otras tierras... Sólo el pintor del Beato de la Biblioteca Nacional que reproduce arriba, más realista que sus otros colegas, suprime los caballos del texto apocalíptico y nos presenta a un hombre luchando rudamente con el torno para hacer descender la enorme viga ante el peso del enorme pedrusco acuñado al huso... Este es aún el sistema actualmente empleado en los lagares leoneses...»

De todas formas, como el espíritu inventivo y el ansia de renovación son consustanciales al hombre, no han faltado intentos de su parte, a lo largo de la Historia, por remozar este tan arcaico modelo mecánico y librarse también, y sobre todo, de la servidumbre de su funcionamiento, puesto que, en definitiva, el conjunto viga/husillo de cualquier lagar es una máquina «de sangre», y de sangre humana, podríamos añadir, que requiere del esfuerzo de un operario para girar la palanca del tornillo. Y si a todo lo largo de la Edad Media se ha ido descubriendo y afianzando sólidamente entre las gentes, el uso de la energía hidráulica para mover muelas de aceña, mazos de batán o martinetes de herrería, nada tiene de extraño que algún espíritu ingenioso tuviera la idea de aplicar dicha energía al movimiento de subida y bajada de una viga que comprimiera la materia colocada debajo de la misma.

Concluyendo, hemos tenido la suerte de descubrir en el tomo II de «Los veintidós libros de

los ingenios y de las máquinas», del Pseudo Juanelo Turriano, publicado por J. A. García-Diego —Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; Ediciones Turner, Madrid, 1983— la descripción, y su representación gráfica (véase la fig. núm. 3), de un ingenio o artificio para prensar la cera. Se trata, en resumen, de una rueda de palas sobre las que incide el agua conducida por un saetín; en el cubo de esa rueda encaja un eje con dos articulaciones excéntricas que, al girar simultáneamente con ella, mueve sendas bielas; al extremo opuesto de estas bielas van fijados los mangos de dos mazos que golpean, de forma no sincronica, en los extremos de sendas cuñas; estas cuñas, situadas una a cada extremo y encima de una viga de madera, comprimen esta última y la obligan a bajar presionando así el pisón que encaja en el depósito inferior, cilíndrico, de la cera. En la descripción no falta ni la mención a los hornos de calentamiento del agua, en calderas de hasta seis «cántaras» de capacidad cada una, que sirve para el reblandecimiento de la cera, y a los moldes en que se pone esa cera ya prensada para hacer los «panes» o formas más adecuadas para su almacenamiento y conservación.

No tenemos ninguna prueba de que se llegara a construir en alguna ocasión un artificio de tales características: lo más probable es que no traspasara nunca los límites de la pura especulación intelectual de algún espíritu curioso e imaginativo, de los muchos que prodigó el gran Renacimiento del siglo XVI.

Comparando la máquina recién descrita con el modelo universalizado de lagar de viga, tenemos la impresión de que el más anónimo e iletrado campesino mediterráneo preferirá siempre gastar parte de su tiempo y energía en mover a brazo el husillo de su ancestral, pero robusto y seguro artificio de viga, antes que confiar alegremente en una técnica que, por muy evolucionada y liberadora que se presente, no ofrece en absoluto las mismas garantías de so-

lidez y durabilidad. Su perspicacia instintiva le dice que su lagar de viga le ha producido, y sigue produciéndole, un rendimiento físico suficiente para las necesidades de su economía y las esperanzas de su horizonte vital.

Antes de dar por concluido este estudio, incluimos a modo de apéndice, una lista con las principales características mecánicas y ventajas técnicas del muy antiguo conjunto viga/husillo examinado hasta aquí. (Se prescinde de la reproducción del cálculo físico que conduce a algunos de estos resultados).

Angulo de la hélice del tornillo, 0,189 rad. (= 11°).

Angulo del fileteado del tornillo, 120° aprox.

Coefficiente de rozamiento estático (madera con madera) estimado, 0,6.

Coefficiente de rozamiento dinámico (madera con madera) estimado, 0,3.

POTENCIA Q ejercida por el contrapeso, 1.003 Kgs.

RESISTENCIA P (o COMPRESION ejercida sobre la cera), 6.810 Kgs.

Efecto de la palanca, o reducción de P a Q, 6,8 aprox.

ESFUERZO Ra aplicado al extremo de la palanca de giro, en el arranque del movimiento, 84,0 Kgs.

ESFUERZO Rm aplicado al extremo de la palanca de giro, en pleno movimiento, 41,6 Kgs.

Efecto del tornillo en arranque, o reducción de Q a Ra, 12 aprox.

Efecto del tornillo en movimiento, o reducción de Q a Rm, 24 aprox.

Rendimiento del tornillo en movimiento, 21,4 %.

Fatiga máxima de tracción del tornillo, 17,7 Kgs/cm<sup>2</sup>.



## Autor y originalidad en un poema popular sobre San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza

Luis M. Vicente

El propósito del presente trabajo es dar a conocer una versión del tema de San Isidro en la literatura oral castellana tal y como pervive en el presente, y destacar su tradición y originalidad. Nuestro informante, el señor Rafael Paredes, hoy de noventa y cinco años, lo compuso a base de los sermones que escuchó tantas veces, según él mismo nos cuenta. Cantó este poema de su «propia cosecha» durante una romería de San Isidro en Madrid. El cura, asombrado, le preguntó:

—¿Cómo ha aprendido usted la vida del santo?

—Pues muy bien, porque como soy hermano de San Isidro desde chico, que me metió mi padre, y como todos los curas dicen el mismo sermón, me lo he aprendido —dice.

—¿Tiene usted algún grado? —digo.



—Sí; dos. El primero, colchonero, y el segundo, labrador —se echó a reír y me dijo—: ¡Qué lástima que *entodavía* hay muchos talentos sin explotar!

Así, pues, el señor Rafael compuso su poema basado en la vida de San Isidro según los sermones eclesiásticos que se escuchaban. Sabemos, además, que esas historias debían de variar poco, porque nuestro informante subraya que «siempre era el mismo sermón». Y la verdad es que su poema se ajusta con bastante fidelidad a la narración de los milagros del santo hecha por primera vez en latín en el siglo XIII por Juan Diácono (2) y a lo añadido por la tradición, aunque el poema tiene particularidades temáticas y estructurales originales de nuestro informante y que señalamos a continuación. La versión del poema que recogimos es esta:

- 1 *San Isidro labrador, como patrón de Madrid, se vino a Torreclaguna, donde aquí pudo elegir la mujer de su fortuna (3).*
- 2 *Era María Toribia, una chica guapa y bella que vino a Torreclaguna a servir como doncella.*
- 3 *Por sus buenas actuaciones San Isidro labrador la eligió por compañera y con ella se casó.*
- 4 *Este humilde matrimonio pasaron a Caraquiz y vivieron largo tiempo humildes sin discutir.*
- 5 *María de la Cabeza el Jarama atravesaba hasta llegar a la ermita donde ella humilde rezaba.*
- 6 *Con su ucoitera en la mano y su tizón encendido pasaba por las mañanas por todo el huerto vecino.*
- 7 *Cuando llegaba a la ermita de la Virgen La Piedad, la alimentaba la lámpara y se ponía a rezar.*
- 8 *San Isidro, que ignoraba cómo pasaría el río, un día la vigiló entre terreco metido.*
- 9 *Cuando la vio regresar, tendió su manto en el agua y por encima del manto paso a paso le pasaba.*
- 10 *Sorprendido se quedó de tan grandioso milagro, y dando gracias a Dios, a Caraquiz regresaron.*
- 11 *San Isidro el labrador por sus buenas cualidades le hicieron el mayoral entre todos los gallanes.*



- 12 *El glorioso San Isidro, cuando salía a labrar,  
dejaba la yunta a un ángel y se ponía a rezar.*
- 13 *Al ver eso los criados le tomaron tal envidia,  
que con cuentos muy chismosos al amo le mal-  
[metían.*
- 14 *Pero un día San Isidro reunió a los criados  
y su piojal repartió el piojal eran garbanzos.*
- 15 *Desde allí se fue a la cra la misma paja alveló  
y sacó tantos garbanzos como el día anterior.*
- 16 *Al ver eso Iván de Vargas le suplicó a los cria-  
[dos  
que respetaran a Isidro y guardarán sus manda-  
[tos.*
- 17 *A otro día caluroso, cuando la sed se abatía,  
pegó con los gavilanes y brotó una fuente fría  
donde beben los gallanes.*
- 18 *A este humilde matrimonio su hijo al pozo cayó  
y el agua a gorgorotones sano y salvo le flotó  
por sus ruegos y oraciones.*
- 19 *Labriegos de Caraquíz, que labráis las mismas  
[tierras,  
imitar a San Isidro y obtendréis buenas cosechas.*

El poema de San Isidro consta de 19 coplas. Según indica el autor, estas coplas se cantaban. Ahora bien, lo original del caso es que no se cantan con una

melodía típica de la narrativa, como la de romances, por ejemplo, sino con la melodía de la jota, que es una melodía para asuntos líricos. Esto es significativo, pues fuerza a que cada copla sea completa en cuanto a la sintaxis, pues cada una de ellas cierra lo que podríamos llamar un ciclo. Además, esto hace posible que algunas de las coplas tengan un número diferente de versos, ya que, aunque las coplas de jota generalmente son cuartetas, el canto exige que haya siete frases musicales, con lo cual deben repetirse algunos versos de la cuarteta. Generalmente, en el canto se empieza con el segundo verso, se canta seguidamente los cuatro versos de la cuarteta y se acaba repitiendo el cuarto y el primero. Este es el orden de los versos al cantarlos: 2 1 2 3 4 4 1.

Veamos un ejemplo; la copla siguiente:

- 1 *Era María Toribia*
- 2 *una chica guapa y bella*
- 3 *que vino a Torrelaguna*
- 4 *a servir como doncella.*

Se canta en el orden siguiente, según oímos a nuestro informante:

- 2 *Una chica guapa y bella*
- 1 *era María Toribia,*
- 2 *una chica guapa y bella*
- 3 *que vino a Torrelaguna*

- 4 *a servir como doncella,*
- 4 *a servir como doncella,*
- 1 *era María Toribia.*

En virtud de la flexibilidad que se obtiene al cantarlo, el poema contiene tres quintillas, una al comienzo y dos al final, en vez de las cuartetos, que son lo general en el poema. El orden de los versos de quintilla sería el siguiente al cantarse: 2 1 2 3 4 4 5. En este caso se sustituye la repetición del primer verso por la entonación del quinto verso.

Así, la copla:

- 1 *San Isidro Labrador,*
  - 2 *como patrón de Madrid,*
  - 3 *se vino a Torrelaguna*
  - 4 *donde aquí pudo elegir*
  - 5 *la mujer de su fortuna.*
- 
- 2 *Como patrón de Madrid,*
  - 1 *San Isidro Labrador,*
  - 2 *como patrón de Madrid,*
  - 3 *se vino a Torrelaguna*
  - 4 *donde aquí pudo elegir*
  - 4 *donde aquí pudo elegir*
  - 5 *la mujer de su fortuna.*

El elegir cuarteta o quintilla depende, pues, de la unidad sintáctica que se necesite conseguir; porque no afecta, como hemos visto, a la estructura de la jota cantada.

En la procesión, el señor Rafael se atrancó por jotas, y el cura, sin detenerse en la letra, lo primero que hizo fue reprenderle por cantar así en medio de un acto tan solemne. El suceso nos lo relata él mismo:

—... y cuando fuimos a por la custodia que hay en Torrelaguna, que la ganó la rondalla —pero la gané yo—, cuando fuimos a por ella hubo una misa de campaña, un cura hablaba y el otro decía la misa. Y cuando terminamos aquel día, inauguraron el pabellón de Logroño que estaba muy lejos, en casi lo último de la feria del campo; y cuando ya íbamos a por ella, íbamos toda la rondalla, las chicas, había 28 trajes, del santo y de la santa [...] en fin, bueno pues mira yo cuando le dije eso al cura, dije:

- Bueno, toca, Lechuga —y me dice el cura:  
 —Pero ¿cómo va usted a cantar?—digo.  
 —Claro que voy a cantar—dice.  
 —No, hombre; en la procesión no se canta—digo.

—¡Cómo que no cante! ¡Usted cree que voy a cantar yo en la procesión lo que cantaba a mi novia cuando la llevaba la ronda! ¡Es que voy a cantar la vida del santo completa! —y me miró y dice:

—Bueno; si es así, cántela.

Sobre ese momento de triunfo y emoción para el señor Rafael, también sus propias palabras son las más elocuentes: «Toda la rondalla estaba a mi lado, yo cantaba uno tras otro todos los cantares que ya los leerás tú porque te dará esta una hoja y si no la hay yo la mandaré; uno tras otro que hay lo menos 28 ó 30 cantares...»

Esos cantares a los que se refiere el señor Rafael, con el número inexacto, son las diferentes cuartetos o quintillas que componen el poema que hemos recogido aquí. Su confesión es una prueba más de que el autor ha concebido cada cuarteta o quintilla del poema como un ciclo «cantar» cerrado e independiente en sí mismo aunque vinculado a una estructura mayor, y muy bien trazada también, que es el poema entero. Su número exacto es de diecinueve coplas según las dos versiones que del poema tenemos. Por supuesto, como en jotas, cada copla se cantaba independiente de las demás, unidas por yuxtaposición. El número 28, en boca del señor Rafael, parece venirle del número de trajes del santo y la santa —mitad de cada— que vestían los mozos y las mozas de Torrelaguna. Además, no parece faltarle al poema ninguna estrofa o cantar como nuestro informante las llama, a juzgar por la estructura cerrada del poema, que empieza con una presentación o introducción de los personajes y termina con una moraleja. Y sucede así en las tres versiones que recogimos del poema, y las tres conservan el mismo orden estrófico, todo lo cual nos hace pensar que efectivamente se trataba de diecinueve cantares los que el señor Rafael cantó en esa procesión, que son en realidad un solo poema cantado en jotas.

La estructura temática del poema ordena las estrofas del modo siguiente:

#### I. Matrimonio

- 1 *Presentación de San Isidro (que presenta a:)*
- 2 *Santa María de la Cabeza*
- 3 *Matrimonio*
- 4 *Vida matrimonial*

#### II. María de la Cabeza.

- 5 *Planteamiento*
- 6 *Camino*
- 7 *Devoción*
- 8 *San Isidro la vigila*
- 9 *Milagro*
- 10 *Acción de gracias*

#### III. San Isidro.

- 11 *Transición: bonra*
- 12 *El ángel labrando*
- 13 *Envidia de los criados*



- 14 Repartición del piojal
- 15 Milagro de los garbanzos
- 16 Respeto final de los criados
- 17 Milagro de la fuente
- 18 Milagro del pozo

#### IV. Moraleja.

- 19 Moraleja final

Como muestra esa estructura, el poema está bien balanceado casi en dos mitades que narran hechos prodigiosos de Santa María de la Cabeza y de San Isidro Labrador. La originalidad del poema en cuanto al tema consiste, pues, no en los hechos que nos cuenta del santo, aunque no deja de haber elementos novedosos en ellos, sino en la formación de un poema que tiene como tema base el matrimonio de San Isidro con María Toribio, paisana del poeta, santa local que se iguala con el patrón de Madrid, lo cual es un modo de dignificar al máximo a la localidad del poeta, Torrelaguna. Así, pues, María de la Cabeza toma en este poema una preponderancia que no tiene en otras versiones de la vida del santo. El primer milagro que se nos narra corresponde a Santa María de la Cabeza; el milagro en sí era archiconocido como muestra alguna Xilografía del siglo XVIII (4). María

atravesando el río Jarama sobre su manto. El tema del poder del manto de una persona santa sobre los elementos de la Naturaleza es un lugar común en la literatura hagiográfica. Por citar un ejemplo, en Berceo, en *Los Milagros de Nuestra Señora*, la Virgen salva a dos devotos suyos con su manto para que no perezcan ahogados (Milagros XIX y XXII). En aquella ocasión, como en la que nos ocupa, lo que subyace al prodigio es la intervención de la Virgen, premiando a sus fieles. María Toribio cruza el Jarama con una accitera y una lamparilla para alimentar la lámpara de la Virgen de la Piedad. Subrayemos de pasada la autenticidad histórica o libresca de todos los nombres que aparecen en el poema del señor Rafael.

El contexto en que nuestro poeta presenta el milagro es, sin embargo, original. De antiguo se había ligado el milagro de la santa con la vida del santo. Fernández Villa nos lo sitúa así:

«Allí —en Caraquiz— transcurría su vida —la de María de la Cabeza— con tranquilidad, hasta que un día alguien levantó la calumnia y la acusó de adulterio [...]. «El diablo consiguió se divulgase por el contorno el rumor de que la santa trataba mucho con los pastores de aquellos lugares, y con pretexto de estarse en la ermita de la Virgen, vivía deshonestamente con los ganaderos de las riberas del Jarama. No faltó quien hallándose casualmente en Madrid, con capa de celo, se lo dijera al siervo de Dios... Al día siguiente, Isidro se puso en camino con el que le dio la noticia, y otros paisanos que regresaban a su tierra... Al llegar cerca de Talamanca les cogió un gran turbión de agua. Creció con la tempestad el río Jarama, de tal suerte que ni con barro era fácil pasarlo... Iban caminando río arriba, y al dar vista a Caraquiz, he aquí que sale de su casita la bendita María, cubierta con su mantellina, llevando una vasija de aceite y un tizón encendido [...] Iba ella por su camino, y éstos, por el suyo: Isidro, callando, y los demás, sin perder a la santa de vista. Llegó a la margen del río, hizo la señal de la cruz sobre las impetuosas corrientes, quitóse su mantilla, tendiéndola sobre las aguas [...] Levantó los ojos hacia la ermita de Nuestra Señora, y con la alcuza en una mano y el tizón encendido en la otra, pasó con felicidad al otro lado, bien que asistida de la Virgen María, que en esta ocasión dicen se la apareció, y cogiéndola un brazo la fue guiando por encima de las aguas» (Fernández Villa, 1987, 38 (5)).

De ese antiguo contexto en que se sitúa el milagro de las aguas, el poema del señor Rafael se ha quedado con su solo elemento, que sugiere un nuevo contexto: «Un día la vigilé entre terreces metido.» Probablemente este verso es una huella de aquella tormenta que se preparó e hizo desbordarse al río Jarama, que todo lo llenó de lodo. A eso tal vez alude la palabra «terreces». De la otra tormenta, la que

se levantó en torno al posible adulterio de María Toribia, no queda rastro: en nuestro poema, San Isidro está solo, vigilando a su mujer no por sospechas sobre su conducta conyugal, sino sorprendido de que pueda pasar el río. «San Isidro, que ignoraba cómo pasaría el río / un día la vigiló entre terreces metido.» El milagro de Santa María gana en el poema intimidad, se queda en el círculo del matrimonio y no ante el grupo de espectadores que quiere comprobar los rumores que circulan sobre María Toribia. Santa María se nos presenta desde el principio como una chica modelo del pueblo, humilde, pero «guapa y bella» que vino, como tantas otras muchachas, a servir a Torrelaguna. El canon de belleza local se identifica con el de los valores morales de un santo fácilmente: humildad, pobreza, servicio, «buenas actuaciones», todo lo que la califica como la compañera idónea de «las buenas cualidades» de San Isidro Labrador. Y los rumores, si los hubo, no le interesan al poeta local en esta ocasión, ya que, además, el poema ha sido improvisado para una procesión de San Isidro, y probablemente no le parezca decoroso el tema del adulterio. En todo caso, el tema de los terceros envidiosos y murmuradores aparece luego en los hechos de San Isidro: «Al ver esto los criados le tomaron tal envidia / que con cuentos muy chismosos al amo le malmetían.» Es de notar, por último, que este milagro de Santa María no aparece en el manuscrito de Juan Diácono. Este no nos dice tampoco algunos datos importantes de la vida del santo: no nos da el nombre de su hijo, ni de su mujer; no cuenta cómo fueron casados, no habla tampoco del milagro de la fuente y el pozo, ni de la resurrección de la hija de Iván de Vargas o la de un caballo que se le murió. Tampoco se dice ni el año ni el siglo en que el santo vivió. El poema del señor Rafael casi en su totalidad reconstruye parte de esos datos que faltan en el manuscrito de Juan Diácono, de acuerdo a una tradición posterior diversa. Es más, el poema está escrito en el caso del señor Rafael para ensalzar a su villa, Torrelaguna, que es la cuna de la mujer con quien el santo vino a casarse.

Por otra parte, como leemos en Gerardo Mullé de la Cerda, los milagros que se inscribieron en su tumba son los siguientes:

Empezando por la izquierda del espectador, se descubre a ambos esposos separados por un árbol de rojo fruto, manzano acaso, y del que tiene la santa llena la cesta que lleva sobre la cabeza, mientras que su esposo ara la tierra, guiando unos bueyes; aparece después su amo, Juan de Vargas, según la tradición, montado en brioso corcel blanco, ciñendo espada a la cintura, levantando la mano derecha en actitud de hablar, mientras sujeta las riendas con la izquierda, en tanto que los ángeles conducen otra yunta de bueyes. De nuevo se ve a San Isidro

ocupado en alimentar a las hambrientas palomas, y como consecuencia, la multiplicación de la harina en el molino. Por fin, en las dos últimas divisiones se ensalza la caridad, representándose a los dos Santos dispuestos a recibir al pobre que llama a la puerta... Es seguro que en la parte posterior del arca continuaba la representación de los milagros obrados por intersección del Santo, comprendiéndole en turno la multiplicación de la comida que le habían reservado sus compañeros de cofradía, y que después sirvió para repartirla entre los pobres (Mullé de la Cerda, 25).

O sea, se representan los milagros más populares: el de los ángeles arando, el de la multiplicación de la harina. Ambos están narrados por Juan Diácono; el primer milagro que cuenta éste es el de la multiplicación de la harina; iba el santo al molino en un día de invierno y llevaba una carga de trigo junto con otro criado. Estaba nevando, y al pasar por unos árboles vio unas palomas casi muertas de hambre; entonces, San Isidro quita la nieve de un lugar y esparce el trigo que llevaba para dar de comer a las palomas. El otro criado se burlaba del santo, pero cuando llegaron al molino el saco de trigo estaba entero como si no se hubiese sacado ni un solo grano. Y, además, al echarlo al molino dio muchísima cantidad de harina. Este milagro ha sido modificado hábilmente en el poema del señor Rafael:

- 14 *Pero un día de San Isidro reunió a los criados y su piojal repartió el piojal eran garbanzos.*
- 15 *Desde allí se fue a la era la misma paja alveló y sacó tantos garbanzos como el día anterior.*

El trigo se ha cambiado por los garbanzos y los beneficiados de su generosidad son los envidiosos criados de Iván de Vargas a los que regala su *piojal* de garbanzos, para recuperarlos luego al alvelar la misma paja. Al hacerlo así el señor Rafael pondera el carácter local del milagro, ya que los garbanzos son típicos de las tierras de Caraquiz, próximas a Torrelaguna. Los otros tres milagros de San Isidro que narra el poema son el de la fuente y el del pozo, y el de los ángeles arando. El de los ángeles ya hemos visto que está representado en su sepulcro, y es ya de antiguo, según nos cuenta Juan Diácono, el más famoso entre las gentes. El contexto de este milagro ha sido también modificado en el poema que nos lo presenta en una sola cuarteta.

- 12 *El glorioso San Isidro cuando salía a labrar dejaba la yunta a un ángel y se ponía a rezar.*
- 13 *Al ver eso los criados le tomaron tal envidia que con cuentos muy chismosos al amo le malmetían.*

Según lo cuenta Juan Diácono, en cambio, el orden de sucesos es otro: primero, la envidia de los



otros criados porque Isidro reza; luego, las quejas al patrón: «Sepa su merced que aquel señor Isidro, a quien eligió para cultivar sus heredades por un tanto cada año, aunque se levanta muy de madrugada, descuida la labor, pues con el pretexto de orar recorre todas las iglesias de Madrid; mas como el tiempo pasa presto, llega tan tarde al trabajo que no hace la mitad de lo que debiera» (Mullé de la Cerda, 48). Y es tras esta acusación cuando el amo Iván de Vargas decide vigilar a Isidro y descubre que unos ángeles aran mientras Isidro reza, «mas he aquí que próximo ya al sitio donde su criado se encontraba arando, vio distintamente a dos mancebos que a su lado iban guiando otras dos yuntas de bueyes de extraordinaria blancura. Quedóse maravillado y suspenso un instante, y sabiendo que su criado no tenía a nadie que le ayudara, comprendió bien que aquel auxilio desconocido sólo podía venir del cielo. Apresurando el paso, volvió a mirar, pero entonces sólo vio a Isidro que trabajaba» (Mullé de la Cerda, 50). En el poema son los criados los que ven al ángel —pues sólo es uno— y ése el motivo de la envidia; en la versión de Juan Diácono y presumiblemente en los sermones que dice haber escuchado el señor Rafael, es el patrón el que ve a los dos mancebos-ángeles arando y los criados los que le acusan de rezar sin trabajar. En la cuarteta se presenta la acción del milagro como si se tratara de algo cotidiano que hace Isidro mientras reza.

Los dos mancebos se han transformado en «un ángel» al que deja la «yunta». La envidia de los criados cesa, de acuerdo al poema del señor Rafael, cuando el santo reparte entre ellos sus garbanzos y, viéndolo el amo, les suplica a los criados que «respetaran a Isidro y guardarán sus mandatos».

Hay otros milagros, como decíamos, que no figuran en la relación de Juan Diácono y que, sin embargo, la tradición ha hecho célebres: parece que el más difundido de todos estos es el de la fuente milagrosa. Gerardo Mullé de la Cerda lo narra así:

Habiendo ido Iván de Vargas en día muy caluroso a visitar sus campos, pidió a su colono un poco de agua para apagar la sed abrasadora que le atormentaba; mas no teniéndola a mano, le indicó un sitio donde hallaría una fuente. Allí se dirigió al punto el sediento caballero, pero no hallando la fuente apetecida, volvióse airado creyéndose objeto de pesada burla; mas Isidro, conduciéndole de nuevo al lugar que le había dicho, hiriendo con la aguijada en una piedra, exclamó: *Cuando Dios quería aquí agua había*; y al punto brotó un manantial de agua tan abundante como cristalina, el cual todavía existe, en el mismo sitio en que la reina doña Isabel, esposa de Carlos V, en 1528 mandó edificar, reconocida al Santo, una ermita en cuyos muros abiertos de pinturas se veían repre-

sentados pasajes de su vida. (Mullé de la Cerda, 54.)

El señor Rafael ha cambiado de nuevo ese milagro de contexto con el fin, ante todo, de localizarlo en su comunidad de Torrelaguna, y de nuevo es para mostrar generosidad con los demás criados aunque envidiosos, beneficiándoles a ellos con la fuente en vez de a su amo como nos contaba la tradición.

17 *A otro día caluroso cuando la sed se abatía,  
pegó con los gavilanes y brotó una fuente fría  
donde beben los gallanos.*

De nuevo vemos relatarse el milagro en el poema con la brevedad que impone la cuarteta o, en este caso, la quintilla. Se narra de ese modo la envidia del milagro y nada más. Del suceso tradicional sólo queda el eco de un día muy caluroso en el que la sed «se abatía» y, por lo tanto, se requería la intervención milagrosa del santo. Que los beneficiarios fueran los criados o el amo o los demás detalles que rodean el milagro no importa, pues hay que narrar el milagro en la extensión máxima de una quintilla, cuando no de una sola cuarteta, como suele usar en otros milagros. Probablemente podrían insertarse otras cuartetas o quintillas con más milagros del santo o de la santa, y tal vez así lo hacía el señor Rafael en otras ocasiones distintas de las que tenemos en grabación.

El último milagro que se nos narra en el poema es el del pozo. La tradición lo ha difundido así:

Al volver en otra ocasión de su trabajo, encontró a su esposa sumida en la más profunda pena, pues el hijo que Dios les había dado por consuelo, había caído en un pozo sumamente profundo. Hincados ambos esposos de rodillas, puede suponerse el fervor con que pedirían al cielo que les restituyera aquella prenda tan querida que acababan de perder; mas he aquí que el agua del pozo empieza a subir, y cual en blando lecho levanta sobre el brocal al hijo amado, que fue al punto recogido por sus padres (Mullé de la Cerda, 56).

Es este caso la versión de la quintilla del señor Rafael, es bastante fiel al relato:

18 *A este humilde matrimonio su hijo al pozo cayó  
y el agua a gorgorotones sano y salvo le flotó  
por sus ruegos y oraciones.*

Se mantienen los dos sujetos protagonistas que orando realizan un milagro conjunto, ideal para cerrar el poema completo, puesto que después de repartir méritos a uno y otro santo más o menos simétricamente, ahora el poema termina con un milagro del matrimonio ejercido sobre su hijo común como recompensa a los rezos de ambos. Después de este milagro sólo queda la moraleja, como en el milagro medieval, dirigida del juglar al público directamente:

19 *Labriegos de Caraquiz que labráis las mismas  
tierras,  
imitar a San Isidro y obtendréis buenas cosechas.*

San Isidro se convierte así por antonomasia en modelo de los labradores y modelo cuya imitación asegura la buena cosecha; el poeta prefiere en la moraleja enfatizar el premio material que obtendrán los labradores que imiten a San Isidro, en vez del espiritual del más allá tan caro al mester de clerecía. El público del poeta, como el del santo, es el mismo: se dirige a los labriegos de Caraquiz que todavía siguen cultivando las tierras ahora cada día más urbanizadas. Es decir, que en lo posible, el señor Rafael se cuida de ubicar toda la historia en Torrelaguna o sus alrededores, de donde es él mismo, e incluso la moraleja en vez de universalizarse, como suele hacerse, sigue estando dirigida a los hombres del mismo campo donde San Isidro trataba de enseñarles a ser buenos cristianos y hombres de provecho después de pagar con generosidad sus envidias y malquerencias.

Todos los rasgos particulares tienden a eliminarse del poema en aras de la brevedad sintáctica de la estrofa que coincide con la unidad de sentido; sin embargo, los rasgos locales de Torrelaguna se enfatizan y quedan como único marco de los milagros que se narran, aunque tanto el manuscrito de Juan Diácono



como la tradición tendieran a ubicar esos milagros en Madrid o en otras áreas. Nada se dice en el poema del regreso a Madrid de San Isidro; antes bien, se insiste en que: «Este humilde matrimonio pasaron a Carquiz / y vivieron largo tiempo humildes sin discutir.» La idea que nos da el poema es que ambos, San Isidro y Santa María, han venido a Torrelaguna de Madrid y de otra parte respectivamente. No se nos indica el lugar de origen de Santa María, a pesar de que nuestro informante sabe que la tradición la hace de un pueblecito vecino de Torrelaguna, Uceda; esto tal vez se debe a rivalidad local, aunque sutil: el señor Rafael no está interesado en destacar el origen de María Toribia, sino en donde está empadronada y donde conoce a San Isidro, porque se trata de su propio pueblo. Si nuestro informante fuera de Uceda, el poema tendría otra localización u otro tipo de énfasis cuando menos.

La fuente y el pozo los sitúa nuestro poeta en Torrelaguna también, aunque no coincida con la tradición en esto. Lo cierto es que los críticos tampoco se ponen de acuerdo sobre la localización de alguna de estas reliquias. En Carquiz actualmente se sigue mostrando el pozo del milagro, mientras Mullé de la Cerda dice que se encuentra en una casa perteneciente a los condes de Villamediana, en la cochera de la casa. De la fuente no hay tradición en Torrelaguna de adjudicarle algún lugar.

(1) Este trabajo ha sido posible gracias a la ayuda financiera de una beca de investigación de la profesora Shirley Arora, con quien realicé los trabajos de campo en Torrelaguna en el verano de 1987. Actualmente hemos elaborado una antología de textos folklóricos con todo el extenso material recogido en Torrelaguna del que los poemas del señor Rafael son solo un ejemplo.

(2) Juan Diácono se concentra en los milagros del santo, los que se recuerdan porque se queja de otros muchos que no se sabrán por no haber sido escritos. Refiere milagros de San Isidro, y también los que ocurrieron después de muerto en el traslado de su cuerpo desde el cementerio a la iglesia de San Andrés. Se nos cuenta hasta 1271. Incluye también los himnos que se cantaban antes y que llevan al principio notas musicales semejantes a las de los cálices de las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio, según nos cuenta Gerardo Mullé de la Cerda, *Vida de San Isidro Labrador, patrón de la Corte y Villa de Madrid*. Madrid: Impresores de la Real Casa, 1891, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 19. Sobre quién fuera Juan Diácono, P. Fita creyó ver tras ese nombre al franciscano Gil de Zamora, Joannes Egidii, que había compuesto por 1282. *De virtutibus*, que compiló para instrucción del Príncipe heredero Alfonso el Sabio; dedicado a este tipo de estudios, parece tener el mismo estilo que el manuscrito de Juan Diácono según P. Fita. El manuscrito está hoy en el archivo de la Catedral de San Isidro.

(3) Una muchacha de Uceda —dice Marcelina—.

(4) Ver la Xilografía reproducida en el libro de Do-

mingo Fernández Villa, *San Isidro Labrador, Santa María de la Cabeza, su esposa*. Madrid: Everest, 1987, pág. 29. Otro ejemplo del tema en la pintura lo encontramos en la pág. 38, en un cuadro anónimo del siglo XVI, en ambos se representa a María de la Cabeza con una aceitera en una mano y un tizon encendido en la otra, sobre su manto y cruzando un río.

En suma, el poema cierra con el tema del matrimonio, que realiza el milagro del pozo conjuntamente. Esto nos da una idea de la simetría y calidad estructural del poema, que había empezado también con el tema del matrimonio. Es un ejemplo hermosísimo de cómo un autor popular recrea un tema, lo desarrolla y construye una estructura donde insertar los diversos «cantares» que ha ido componiendo al son de la jota, hasta formar un poema unificado cuyo tema primordial es el matrimonio de San Isidro con Santa María de la Cabeza, que equivale a la igualdad en dignidad de Madrid-Torrelaguna, y que, por lo tanto, da como resultado la gestación de un poema claramente local sobre la base de una tradición conocida. El poema de San Isidro del señor Rafael ha sido el de mayor fortuna en su difusión, volviéndose a cantar en las procesiones de San Isidro en Torremocha, imprimiéndose por la gentileza de la alcaldía de Torremocha en hojas sueltas, para que pudiera ser entonado por la comunidad, independientemente de que la jota sea o no una melodía apropiada para la solemnidad de las procesiones. Ha sido, en fin, un poema que ha arraigado en la comunidad y que pone su eslabón en la tradición isidriana, de la que, por fortuna, hemos podido contemplar uno de sus momentos creadores, claramente individual, antes de que se transforme en el producto anónimo del pueblo.

(5) Entre comillas va el texto de Jaime Bledo. *Vida y milagros del glorioso S. Isidro el Labrador, hijo, abogado y patrón de la Real Villa de Madrid*, Madrid, 2 libros, 1962, pp. 201-202; también se cita el texto de Nicolás José de la Cruz. *Vida de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, adjunta la de su esposa Santa María de la Cabeza*, Madrid, 1790. Reimpresión en 1968.

#### OBRAS CITADAS:

- Bledo, Jaime. *Vida y milagros del glorioso S. Isidro el Labrador, hijo, abogado y patrón de la Real Villa de Madrid*. Madrid, 2 libros, 1962.
- Cruz, Nicolás José de la. *Vida de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, adjunta la de su esposa Santa María de la Cabeza*. Madrid, 1790. Reimpresión en 1968.
- Fernández Villa, Domingo. *San Isidro Labrador. Santa María de la Cabeza, su esposa*. Madrid: Everest, 1987.
- Mullé de la Cerda, Gerardo. *Vida de San Isidro Labrador, patrón de la Corte y Villa de Madrid*. Madrid: Impresores de la Real Casa, 1891. 2.<sup>a</sup> ed.

# LA VIVIENDA EN VILLACIDAYO

María Campos y José Luis Puerto

Con este título pretendemos analizar todo tipo de construcciones que sirven de cobijo tanto al hombre como a los animales, así como las que se utilizan para el almacén de productos de la tierra o de utensilios e instrumentos de labranza y cultivo, y las que se usan para elaborar alimentos como el pan.

En realidad, aunque el título va referido al pueblo leonés de Villacidayo, que es el que hemos estudiado (1), puede servir para caracterizar, en mayor o menor medida, la vivienda de toda la zona comarcal a la que pertenece dicha población: las Tierras de Rueda, bastantes de cuyos pueblos están regados por el río Esla.

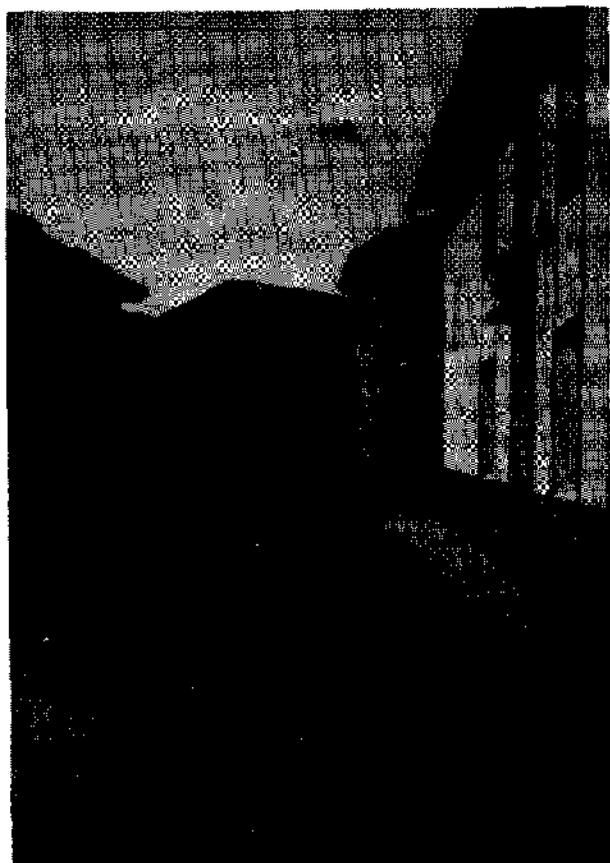
Para entender el sentido y la utilidad de los tipos de edificios que vamos a analizar, hay que partir de un hecho importante: la vida económica de Villacidayo y su comarca depende en gran medida del ganado

vacuno, y la mayor parte de las actividades campesinas giran en torno a él: los prados de la ribera del Esla, que se riegan y siegan, servirán con su hierba para alimentar a las vacas. El cereal que se siembra, aparte de dar grano para la elaboración del pan (hasta un pasado no muy lejano), sirve hoy mismo, principalmente para alimento del ganado vacuno. Y las vacas y bueyes, hasta la llegada de la maquinaria, han servido siempre como animales para realizar las faenas agrícolas: arar, tirar del carro, etc., ya que en esta comarca apenas ha existido el ganado caballar para las tareas del campo. Tampoco hay que olvidar que la venta de la leche que producen las vacas supone el principal ingreso económico de las familias del pueblo. Los sembrados de legumbres y hortalizas ocupan en esta economía un papel mucho más secundario: el de abastecer el consumo familiar.

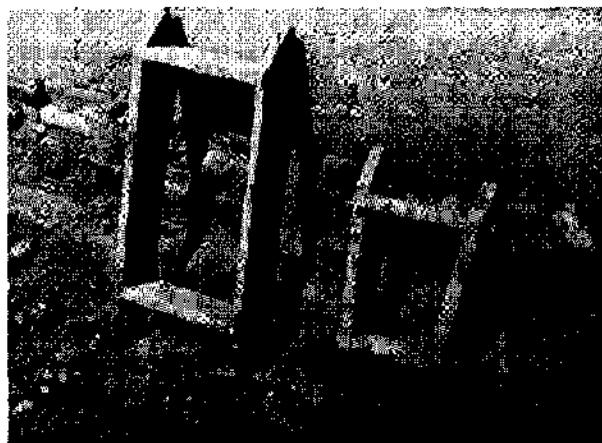
## MATERIALES UTILIZADOS EN LA CONSTRUCCION

Existe, como no podía ser menos, una relación directa entre los materiales utilizados en la construcción y el medio físico en el que se halla el pueblo, enmarcado por la ribera: con el Esla, que arrastra cantos rodados, y con el soto lleno de extensas áreas de chopos, y por el monte: un monte con suaves ondulaciones, poblado de robles.

Varios son, pues, los materiales que se utilizan para la construcción de los distintos edificios que conforman el pueblo, la mayoría de ellos sacados del propio medio físico, así:



*Calle con fachada de una casa a la derecha  
(Foto: J. L. Puerto)*



*Adoberas (Foto: J. L. Puerto)*

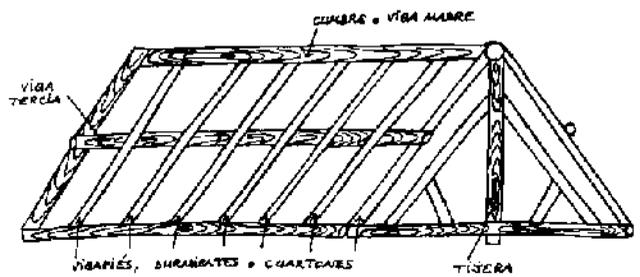
a) El *adobe*, que se utiliza para todo tipo de paredes, ya sean de casas, cuadras, pajares, casetas, etcétera. Se hace en las *adoberas*, lugares donde hay barro rojo y agua. La masa para hacerlo es de paja molida que se soba con barro al echarle agua. Para darle la forma, se pone la masa sobada en un molde normalmente rectangular, hecho con cuatro tablas, que se llama también *adobera* (véase fotografía número 1); una vez que está la masa en el molde, se levanta la adobera y se deja secar el adobe, que se pone para ello en un campo llano; el período de secado dura por lo menos un mes. Cuando los adobes están lo bastante secos, por si acaso llueve, se les hacina; es decir, se les pone en montones para que no se deshagan.

Hay adobes de varios tamaños, a pesar de que predomina el de las siguientes medidas: 40 centímetros de largo por 22 de ancho y 12 de alto; para los tabiques que dividen las habitaciones de la casa, por ejemplo, son siempre, sin embargo, más pequeños.

b) La *pedra*: los cimientos de las construcciones son de piedra; por lo general, de cantos rodados que se recogen de los que arrastra el río; antes, estos cantos se iban uniendo con barro rojo para así formar la masa de los cimientos; después, fue la cal viva el elemento de unión, y ahora mismo es el cemento.

c) El *tapial*, que se utiliza, sobre todo, para las paredes de cercas, cuadras y cortes del ganado. Es una masa de tierra mojada con piedras entremezcladas con ella; para ir metiendo esta masa y para que tenga la forma de pared hace falta un molde, hecho de tablas, que se juntan o se separan según el grosor que se le quiere dar al muro. El procedimiento es parecido al del hormigón en las construcciones modernas.

d) La *tierra apelmazada*: los suelos de la planta baja de la casa eran siempre de tierra apelmazada, y, en general, cualquier construcción tenía en su planta baja este tipo de suelo. En una etapa posterior ya se entarimaron los suelos de las casas con maderas, y hoy está prácticamente generalizado el baldosín y el terrazo.



Armante del tejado

e) La *madera*: con ella se cubren las distintas plantas y los armantes de los tejados. Las más utilizadas han sido las de roble y chopo, que corresponden a las de las dos clases de árboles que dominan en el pueblo. La de roble ha servido y sirve para vigas, postes, armantes y entarimados de suelos. Y también la de chopo ha servido y sirve para lo mismo. Sin olvidar la construcción de puertas y ventanas. El entarimado de los pisos se ha hecho en el pasado más reciente ya con madera de pino, traída de fuera.

f) Materiales para cubrir los *tejados*: predominan de un modo casi absoluto las tejas rojas, que no se han fabricado en el pueblo, sino que han venido de fuera. Pero tanto las cercas de los corrales de las casas como las de las cortes del ganado, así como las casetas de las eras o las de las viñas, se han techado con *bardal*: entretejido de *tapines* (planchas de césped) y de *urces* (plantas de monte bajo, que abundan en el pueblo).

Entre el armante de madera que forma la estructura del tejado y las tejas que lo cubren hay un entretejido de vilortas de mimbre o balsa o palera; este entretejido recibe el nombre de los *zarzos*.

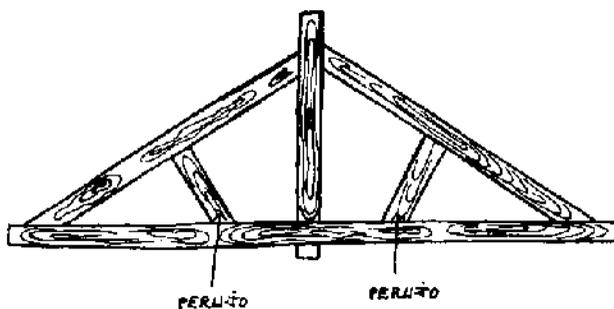
g) Las fachadas y paredes exteriores de las casas y cuadras, así como las cercas de los corrales, se revocaban, en un principio, con barro, de ahí el tono entre rojizo y ocre del pueblo; aunque luego se impuso el revoque con cal viva, por lo que los colores predominantes en la arquitectura de Villacidayo son el blanco y el ocre. Las paredes interiores de las casas (pasillos y habitaciones) siempre se han revocado con cal viva.

## LAS DISTINTAS EDIFICACIONES

Vamos a enumerar a continuación las distintas edificaciones que iremos describiendo y analizando, y que forman el conjunto de la vivienda en Villacidayo:

— La *casa*, edificio donde vive la familia.

— La *cuadra*, para los ganados, dentro de los cuales predomina el vacuno. La cuadra está casi siempre pegada a la casa.



Tijera del armante del tejado

— El *portal de puertas*, por donde se entra al corral desde la calle: personas, animales, carros.

— El *corral*, espacio interior descubierto, al que dan las distintas dependencias de la vivienda.

— La *bornera* y el *horno*, donde se amasa y se cuece el pan.

— La *bodega*, que se utiliza como almacén de productos agrícolas. Puede haber varias dependencias: la *patatera*, para las patatas; la *panera*, para los cereales...

— Las *casetas* de las cras, que albergan los utensilios de la trilla. También había casetas de las viñas (ya no queda en pie ninguna, pues ya no existe este cultivo), que servían de vigilancia de los viñedos. Ambas, de pequeñas dimensiones, construidas con adobe y con techo de bardal o de teja.

— Las *cortes del ganado*, que están en el monte y sirven para estancia y cobijo de los rebaños; descritas ya en un artículo nuestro, aparecido en esta misma revista, al que remitimos (2).

— Los *molinos*: existen dos en el pueblo, uno a las afueras, en activo, y el otro más alejado, que ya no está en funcionamiento. Por la extensión que supondría, no los describiremos.

— El *palomar*: sólo existe uno en el pueblo, circular, de adobe, revocado con barro, dentro de una huerta, en la trasera de una casa. Tampoco lo describiremos.

## DESCRIPCION DE LAS DISTINTAS EDIFICACIONES (CONSTRUCCION Y USO)

### LA CASA

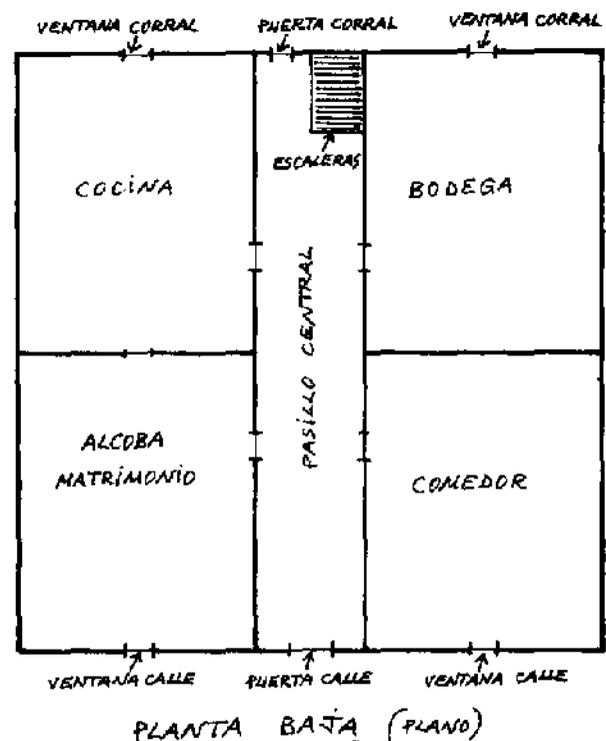
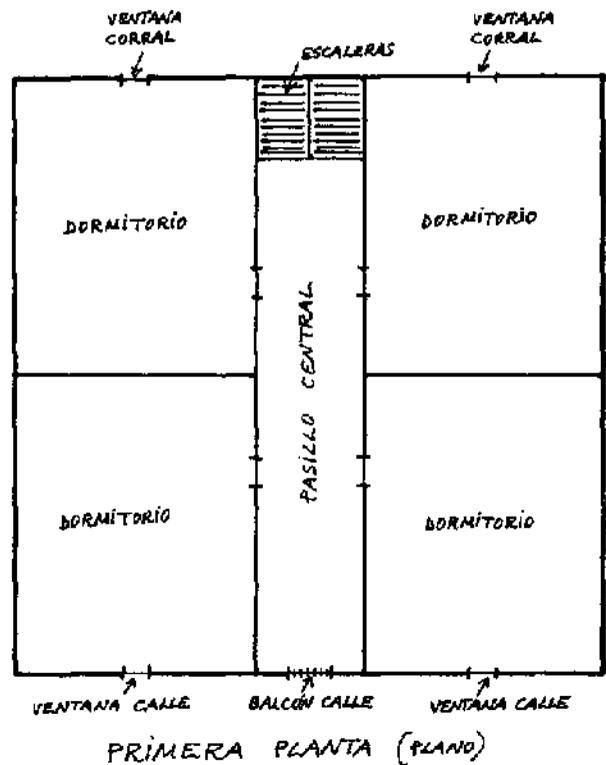
La casa es el edificio en el que vive la familia. Consta de dos plantas, la baja y la primera, más el desván, que ocupa el pequeño espacio formado por la estructura angular del *armante* de madera del tejado.

La puerta de entrada a la casa desde la calle da a un pasillo central que divide la planta baja en dos partes iguales; al fondo de este pasillo central suben las escaleras para la primera planta y está situada la puerta de salida al corral.

La *planta baja* se compone de cuatro habitaciones, dos a cada lado del pasillo central, cuya distribución, según el uso, varía de unas casas a otras; pueden estar distribuidas, por ejemplo, de la siguiente forma:

Según se entra desde la calle, la primera habitación a la derecha: el comedor, con ventana a la calle; la segunda: la despensa, con ventana al corral, en la que se guardan la chacina, colgada del techo, la cuartilla del vino o pipas (toneles) con este líquido y el arca del pan. La primera habitación a la izquierda:

un dormitorio, que es el del matrimonio, que recibe el nombre de alcoba y que tiene ventana a la calle y una puerta que da también a la cocina, para apro-



Planos de la casa

vechar el calor de esta última en invierno; y la segunda: la cocina, con ventana al corral; en la cocina está la *trébede* o repisa de adobe, que abarca todo un lado de la habitación, con un hueco, llamado *horneja*, en el que se hacía la lumbre y se cocinaba con potes de hierro, pucheros de barro y cazuelas de *perigüela* (del pueblo zamorano de Pereruela). En un tiempo posterior, en la *trébede* se puso cocina bilbaína (en el hueco de la *horneja*) y pila de fregadero. Tanto la *horneja* como la cocina bilbaína llevan *humero*; es decir, chimenea para liberar el humo de la lumbre al exterior, que sube hasta el tejado, su forma es casi siempre cuadrada. Antes de la instalación de las pilas de fregadero, se fregaba en un balde de cinc u hojalata; el agua se traía, y se trae, del *caño* (nombre que se da a la fuente) y se dejaba en la cocina en calderos (también de cinc u hojalata) si era para fregar y para la limpieza, y en *barriles* (botijos) de barro si era para beber. A vender la loza iban al pueblo cacharrereros de fuera, de los que se surtían las mujeres. En las cocinas, para guardar y colocar los cacharros, hay *lacenás* (alacenas) de madera y cristal; *esperteras*: garfios en la pared para colgar jarras y pucheros; y *vasares*, para platos y vasos. Para secar los cubiertos y limpiar las cazuelas está el paño conocido como la *rodea*.

La escalera que hay al fondo del pasillo central, de subida a la primera planta, es de madera y tiene también *balagustres* (balaústres) de madera. Al desván o *trastera*, que ése es su uso, se sube por una trampilla desde la primera planta, para lo que hay que ayudarse con unas escalerillas de mano.

La *primera planta* tiene cuatro habitaciones, destinadas todas ellas para dormitorios de hijos y de otros familiares íntimos (abuelos, algún tío...); dos dormitorios a cada lado del pasillo central, con ventanas a la calle dos de ellos y al corral los otros dos. El pasillo central de esta primera planta, para su iluminación, tiene un balcón en su final que da a la calle, justo encima de la puerta principal de la casa; a veces, en lugar de un balcón hay una ventana.

(Véanse los planos de las plantas baja y primera de la casa.)

Los dormitorios, tanto el del matrimonio de la planta baja como los de la primera, tienen camas para dormir, y arcas y baúles para guardar la ropa. Y éste es el momento de citar y definir las ropas de mujeres, hombres y niños, usadas con más frecuencia en Villacidayo en un pasado reciente, algunas de las cuales siguen aún hoy en uso.

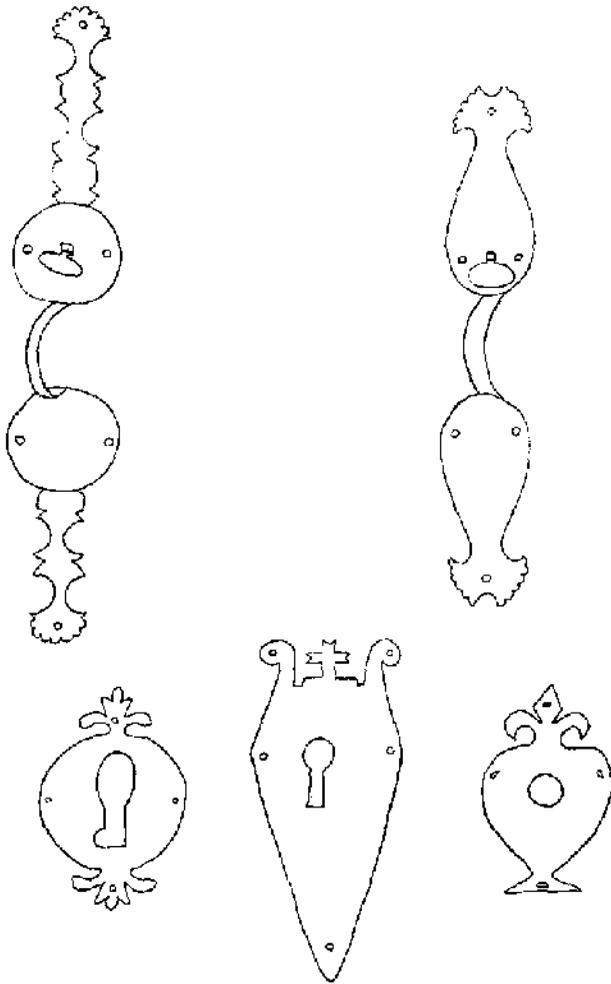
Las mujeres vestían con *rodaos*: sayas de tejido de lana, de varios colores, entre los que predominaban el encarnado, el rojo y el verde; estos *rodaos* llevaban en su parte baja unos bordes adornados en negro bien con tres tiras o con un ramo. Se ponían

*chambras* de tela, estampadas en negro y blanco. Encima de los *rodaos*, el *mandil*, con dos bolsos y una puntilla en sus bordes. Y sobre las *chambras*, las *pelerinas*, toquillas de lana, sobre todo en negro, o en rojo, con flecos; en las *pelerinas*, al lado izquierdo, había un bolsito cosido por dentro, para meter cositas (¿algún amuleto quizás?), llamado el *seno*. En los días de mucho frío, nada mejor que los *mantones* de lana, con pelo, que también tenían flecos. El *echarpe* era una toquilla de lana, con flecos, más fina que el mantón y algo mayor que la *pelerina*, que se usaba para los domingos. La ropa íntima estaba constituida por los *peleles*: pantalones de punto, blancos y abiertos hasta la rodilla, parecidos en su forma a los *zahones* de los hombres; y por el *justillo*: chaleco interior que se ataba con cordones, de un lado a otro. También estaban las *basquiñas*, faldas «plisadinas», abiertas como los *rodaos*, y que se abotonaban a un lado. Para los pies, medias de lana, de colores, algunas veces combinando el blanco y el negro; otras, encarnadas. Y como calzado más frecuente, los *escarpines*: zapatos de estameña; y las botas cerradas, con tacón alto, abotonadas hasta la rodilla, de piel, bien «ajustadinas».

Los hombres vestían con tejido de estameña; con él se confeccionaban prendas como el pantalón, el chaleco, la chaqueta (chaquetilla corta) y las enguarinas. Usaban también *tapabocas* con flecos, y *colegiales*: prendas como la bufanda, pero de tamaño mayor y con flecos. Para calzarse usaban también, como las mujeres, *escarpines*. También las *albarcas* (abarcas). Y las madreñas cuando llueve; calzado este que utilizan asimismo las mujeres. Y en nuestro trabajo sobre la vida pastoril del pueblo, citado más arriba, ya hablábamos de los *chanctos* y de los *choctos*.

A los niños se les envolvía con pañales de tela de lienzo, que eran como sábanitas. Se les ponía el *jugón* (jubón), camisita de tela de color blanco. Y de cintura para abajo se les rodeaba con una *mantilla* de lana o estameña de color blanco o encarnado, o de algún otro; en la parte de abajo solían llevar un bordado o un estampado. Para las babas, un *babadero* (babero). Y en los pies, los patucos. Las cunas eran de vilortas de mimbre, y tenían capotas como los cochecitos de ahora de los niños; contaban con asas verticales y rígidas para agarrarlas, y se apoyaban en maderas que servían, a la vez, para mecer al niño.

Y llegamos al tejado de la casa; antes de describirlo, hemos de tener en cuenta que su estructura es la misma que la de los tejados de otras edificaciones: la del portal de puertas, la de la cuadra o la hornera, de ahí que cuando hablemos de ellas lo demos por definido. Suele tener el tejado de la casa dos aguas o caras, una a la calle y otra al corral; aunque en ocasiones tenga una tercera, a un lado de la casa. Cualquiera tejado se apoya en una estructura de vigas de



Herrajes de algunas puertas (Dibujo: María Campos)

madera, que recibe el nombre de *armante*, que consta de una *viga madre* o *cumbre*, de dos *vigas tercias*, de *tijeras* (estructuras triangulares; véase dibujo), de otras vigas y de *vigapiés*, *durmientes* o *cuartones* (véase dibujo). Encima del armante se colocan los zarzos, ya descritos, y sobre ellos, las tejas.

Las ventanas y las puertas son de madera. Tanto la puerta de la calle como las de las habitaciones, pueden tener en su parte alta un *montante* móvil, con cristales, que cumple dos funciones: dar luz al pasillo central y ventilar. Las puertas llevan distintos sistemas de cierre: la llave, con la que se cierra la puerta de la casa; una palanca de madera, con la que se cierran las puertas grandes que dan al portal de puertas y al corral, esta palanca recibe el nombre de *regosta*; o un *cavijo* (clavija), de madera o de hierro, para cerrar la puerta de la casa que da al corral y la puerta del *postigo* (de la que hablaremos más adelante). Conviene aquí no olvidar los herrajes de las puertas; los

hay de cerraduras, de tiradores o de picaportes; uno de estos herrajes, el de la puerta de una cuadra de ganado, lleva una cruz, un signo de evidente significación protectora del ganado. (Véanse los dibujos de herrajes.)

## LA CUADRA

El edificio de la cuadra tiene forma rectangular y, a veces, también cuadrada. Su interior se divide en dos plantas: la baja, que es la cuadra propiamente dicha, y la primera, llamada *lastra*, que se utiliza como pajar.

La *lastra* (pajar, en la primera planta) no ocupa todo el espacio interior, sino que la división en estas dos plantas ocupa aproximadamente las tres cuartas partes del interior, quedando el resto del espacio totalmente hueco, del suelo al techo; para subir de la planta baja a la primera (la *lastra*) hay en el interior una escalera de mano, de madera.

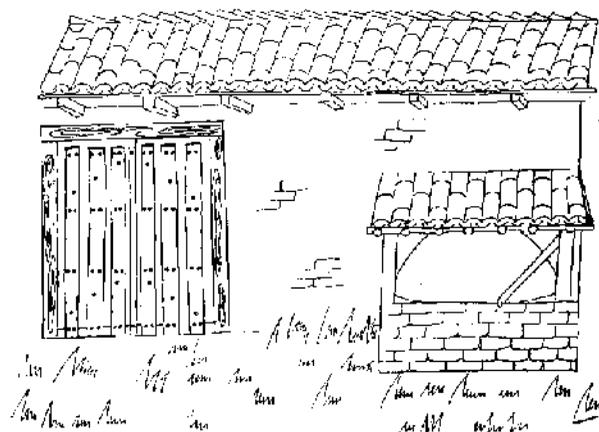
El suelo de la *lastra* es de entarimado de tabla. En ella se mete la paja y la hierba, a través de los *boqueros* (ventanas que la comunican con el exterior).

La planta baja de la edificación es la cuadra propiamente dicha; arrimados a una de sus paredes hay hechos departamentos, con cuartones de madera, que son los pesebres, con divisiones para cada vaca, llamados *senos*. Cada departamento está dividido por paredes de tablas (algunas llegan hasta el *tablado*, que así se llama el techo de la primera planta), que son las *estremeras*; el sentido de esta división es que no se coman el alimento ni se peguen unas vacas con otras.

Suele haber en la cuadra un departamento para los cerdos, llamado *cubíl*, que tiene, contra la pared, una pila de madera para comer los animales, hecha del tronco de un árbol, al que se ha vaciado, llamada *duerno*.

En las cuadras, como elementos protectores del ganado, se ponían ramos bendecidos el Domingo de Ramos, o tomillos del Corpus Christi y estampas de San Antonio Abad (San Antón), aunque, como escaseaban las estampas de este santo, se ponían de San Antonio de Padua. Todos estos elementos protectores se ponían bien en la parte interior de la puerta de la cuadra o bien en alguna viga. Cuando alguna enfermedad se extendía entre el ganado, se marcaba éste con el *marco* de San Antón en las nalgas, calentando el hierro a fuego vivo (3).

La fiesta de San Antón, patrono de los ganados, el día 17 de enero, se conoce en Villacidayo como la de San Antón patero: el día antes de la fiesta iba un hombre, o los monaguillos, por las casas recogiendo patas y orejas de cerdo curadas; cada vecino daba lo que quería, y había algunos que, incluso, daban le-



Puertas grandes que dan al portal de Puertas y horna  
bajo un tejadillo de protección  
(Dibujo: María Campos)

gumbres o dinero. Y el día de la fiesta se iba a misa; los niños salían de la escuela, con la maestra, a la iglesia; y tras la misa, en la puerta de la iglesia, se subastaba lo recogido, para cubrir las necesidades de la parroquia. El *subastero* era el tío Pacho, quien, para dar la adjudicación definitiva, decía:

*Que güen,  
que regüen,  
que lo digo:  
¿quién da más?*

Como los muchachos, con sus voces, dificultaban la subasta, decía el tío Pacho: «Que se marchen los chicos a la escuela.» Y con la subasta y la bendición de los ganados terminaba la fiesta.

## EL PORTAL DE PUERTAS

Es un espacio techado entre la calle y el corral, a los que comunica mediante unas *puertas grandes*, de madera de roble o de chopo, por las que entran y salen los ganados y el carro; al lado de las puertas grandes puede haber una puerta más pequeña para las personas, llamada *puerta del postigo*.

El portal de puertas sirve para meter y aparcar el carro, para guardar la leña ya cortada y para el paso del ganado del campo a la cuadra o viceversa. Si es grande, se llama *portalón*. Su tejado tiene la misma estructura que el de la casa. (Véase el dibujo con las puertas grandes y el horno.)

## EL CORRAL

Es un espacio interior, descubierto, alrededor del cual están las distintas edificaciones de la vivienda, sin un orden determinado. En él se pone la leña a secar, apilada, cuando se trae del monte. Y por él andan picoteando las gallinas. La tapia del corral se

llama *tenada*; es de adobe o tapial y va cubierta por bardal (tapines entremezclados con urces).

## LA HORNERA Y EL HORNO

La *hornera* es una edificación independiente de la casa, a la cual se entra por el corral; con tejado propio. A veces puede estar cobijada bajo el portal de puertas, protegida con su tejado, y entonces no tiene ella tejado, sino un techo liso de tabla.

En la hornera se halla el *borno*, cuya boca da a una de las paredes del interior de la habitación, y cuyo volumen (con forma panzuda y redonda, de adobes) unas veces da al interior del corral o al portal de puertas y otras a la calle, en cuyo caso se cubre con un tejadillo protector contra los elementos atmosféricos. (Véanse dibujo y fotografía.) El horno tiene su chimenea correspondiente, el *humero*, que da al tejado.

En la hornera se amasaba el pan, para luego ser cocido en el horno. Se amasaba en una *amasera*, recipiente de madera, de tablas de roble, alargado y hondo, del estilo de una artesa. También servía, y sirve, la hornera para curar la chacina de la matanza al humo.

Los panes tenían formas redondas; se les daban cuatro cortadas con el cuchillo o se les hacía dibujos de ramos con los dedos. Podían ser de varios pesos: la *hogaza grande*, de seis o siete libras, o la *oblada*, de dos libras. Una vez que se amasaba y se daba forma al pan, se ponía en el *estrado*, tabla alargada colocada sobre unos adobes; y también se colocaba allí cuando salía del horno cocido. Y una vez enfriado iba al arca (situada en una bodega o en la propia hornera). Se solía amasar cada quince días o cada tres semanas. Había siempre algún candil o farol para mirar cómo iba el pan de cocido.



Un horno protegido por un tejadillo  
(Foto: J. L. Puerto)



Utensilios del horno:  
 Dos palas y en medio una ralladera  
 (Foto: J. L. Puerto)

Se metía el pan en el horno con palas de madera, redondas o cuadradas. Y una vez terminada la tarea de la cocción y sacado el pan, se barría el horno con una escoba de *moguera* (planta parecida al brezo) o de hierbas, llamada *mundilla*. Pero antes de barrer había que recoger y llevar las brasas a la boca del horno, tarea que se realizaba con la *ralladera* (véase fotografía), un rastrillo de madera, liso. Cuando se terminaba de rallar las brasas y de barrer con la *mundilla*, se tapaba el horno con una tapadera de hojalata. A veces se barrían los hornos con trapos de tiras, enrollados y atados a un palo; por si se prendían había un caldero al lado con agua y se metían en él. En la hornera solía haber también un arca donde se guardaba la harina.

## LA BODEGA

El nombre de bodega se le da a una habitación dentro de la casa, fresca, para lo cual está situada generalmente al Norte; en ella se meten alimentos que tienen que estar frescos para conservarse: la *carral* (cuba) del vino, el pan (en un arca de roble), la matanza curada, las frutas... El suelo es de barro.

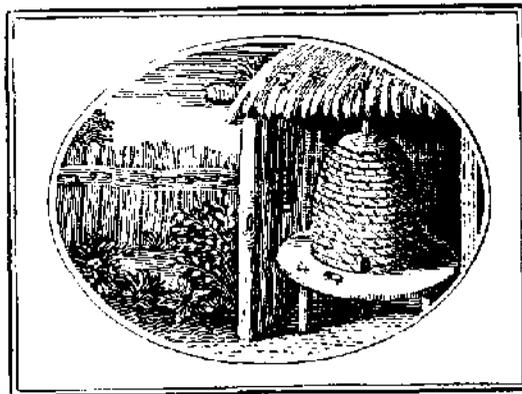
Puede haber, fuera de la casa, en una edificación cuya puerta dé al corral, una o más bodegas: así, por ejemplo, puede haber *patatera*, para almacenar las patatas; también *panera*, para meter los granos (trigo, cebada, centeno) y las legumbres, en sacos o *trojas* (véase fotografía).

Las *casetas* (de las eras y de las viñas) y el *palamar* ya los hemos descrito sucintamente al principio, y el *molino* (existen dos en el pueblo, como hemos dicho) queda sin describir, pues sería materia para otro trabajo. Con éste, creemos, queda analizada, dentro de su brevedad, la vivienda de Villacidayo y, por extensión, la de las tierras leonesas de Rueda y ribera del Esla.

(1) Además de nuestro conocimiento directo del pueblo y de la zona, hemos contado con la valiosa información del matrimonio formado por Jesusa Valladares, de 63 años, y Amancio Corral, de 69 años.

(2) CAMPOS, María y PUERTO, José Luis, "Vida pastoril en Villacidayo", en REVISTA DE FOLKLORE, n.º 84, Valladolid, 1987, pág. 186.

(3) Esta información nos ha sido proporcionada por Gerardo del Pino, de 47 años.



# La fascinación infantil en la provincia de Cáceres

José María Domínguez Moreno

## EL MALIGNO

El niño, ya antes de nacer, es objeto de múltiples atenciones, que se acrecientan una vez que el parto ha tenido lugar. La cuna destinada a acoger al recién nacido es rociada con agua bendita en los últimos días del embarazo para evitar que *loh judíuh* (=malos espíritus) la infecten. Así lo hacían en Granadilla, y en algunos pueblos de su antigua mancomunidad la práctica se mantenía vigente por los años cincuenta. Con agua de romero lavan en Almaraz la cuna que va a utilizarse nuevamente para eliminar la *pulienta* y los posibles *trahtornijuh* que su anterior usuario dejara adheridos. Por lógica, la cunita en la que muere un niño es destruida por el fuego, ya que acarrearía la muerte del siguiente acunado en ella.

En la mayor parte de los pueblos de la provincia, como ocurre en las provincias limítrofes, hacía las veces de cuna la *artesua* o artesa de corcho. Era de rigor en los núcleos de la cuenca media del río Alagón que antes de producirse el nacimiento se amasara en dicho recipiente un pan de su mismo tamaño, que, una vez cocido en el horno de la casa, se repartía entre los pobres de la localidad. En Mohe das explican la costumbre como algo necesario *pa qu'el niñu se criara con bien, pa que cuando saliera pa d'ajuera de la cuna fuera ya bien jechu*. En Serrejón la artesa, también llamada cuna a causa de su doble función, se guardaba en la panera después de llenarla de trigo, no vaciándose hasta después del alumbramiento, porque *al sel el trigu cosa buena defiendi a to de lo malu y asín lo malu no se pega a la cuna*.

La madre es la principal interesada en que todo esté dispuesto para la llegada de su hijo, y después será también ella la indicada para alejar del niño los peligros reales e imaginarios que le acechan continuamente. Durante todo el período de la cuarentena, en el cual no habrá de pisar la calle so pena de atraer la desgracia contra ella, el pequeño y la propia comunidad, estará siempre al lado del niño, tanto para alimentarlo y limpiarlo como para velar su sueño. El mínimo descuido es suficiente para que los espíritus envidiosos le cambien al pequeño por otro que, aunque parecido o idéntico en los rasgos físicos, *pol dretru ehta*

*dehquiciaitu del to*. Para que esto no ocurra, en Alía la madre esparce alrededor de la cama del infante un puñado de trigo con la intención de que cuando llegue el *malihnu*, en lugar de hacerle daño al niño, se entretenga en coger los granos y en contarlos. El parentesco de este ser malévolo con el duende de la literatura clásica española es evidente. En Acehúche y Ceclavín colocan debajo del colchón de rorró un cuchillo, un trozo de pan duro y algunos granos de sal. El uso del sonajero es general en toda la provincia, y, curiosamente, es un obligado regalo del futuro padrino de la criatura. En Horcajo, sobre todo cuando el niño es incapaz de conciliar el sueño, la madre le sonaba repetidamente en cada uno de los rincones de la estancia y lanzaba el siguiente conjuro: *Usa, brujah al monti, qu'el niñu quie dormil*. La fórmula resulta familiar a los conocedores de los ritos de expulsión. Las brujas o *envidiosah*, muy temidas en la comarca de Las Hurdes, atacan sin descanso a los pequeños indefensos. Si un niño presenta un *negral* sobre la piel es una prueba segura de que la *envidiosa*, conocida por los vecinos por su nombre y por sus apellidos, le ha chupado la sangre por alguna venganza contra sus progenitores. Para evitar tales accidentes o, mejor aún, incidentes y ahuyentar al espíritu, pues de esta forma practican sus fechorías las vampiresas locales, las madres no olvidan colocar en la cuna la *pezuña de la Gran Behtia*.

Sorprende en cierta medida que en algunos puntos de la geografía cacereña se le dé a las muñecas el rango de amuletos, ya que se le reconoce el carácter protector del niño; sobre todo, cuando se les hace dormir en su propio lecho. De esa manera lo estiman en Botija, Río lobos, Alcollarín, Plasenzuela, Guadalupe e Hinojal. En cierto grado, la muñeca es una representación plástica del niño y desvía hacia sí las fuerzas perniciosas que pudieran dañar al pequeño. A estos amuletos se unen los ya citados en otros trabajos de esta misma revista.

## EL AOJU

El mal o la enfermedad que más comúnmente ataca a los niños de pecho es, sin duda alguna, el que se conoce en la provincia de Cáce-



res con los nombres de *aoju*, *ojamientu*, *mal de la vista*, *mal d'oju*, *ojuh maluh*, *mirá ehtraviá*, *ojuh envidiosoh*, *ojuh viciáuh* y *mal de la sangri*.

Tal enfermedad es consecuencia de la acción mofítica de la mirada de ciertas personas, generalmente envidiosas o enfrentadas a la familia del niño. A Torrejuncillo pertenece la siguiente cita: *Solito qu'era que la probi mujel no tenía nengunu (hijo) y s'encariñaba con toh loh nuachachinuh de la su calli. Mehmamenti que la mudri s'iba de recáu, ella se queaba de ciliciu pa cuidialu... ¡Madri mía! Qué pasó c'algunuh se pontan maluh... ¡y ya ehtá!..., que dierun a dícil qu'ella loh embrujaba con loh suh ojuh, porqui tenía loh ojuh chiquininuh y mu saltonih. ¡Cómu si namá hubiera muchachinuh maluh en aquella calli, que lo había pa to el pueblu! Antonci la semana que no enterraban a unu, embochaban a treh. Asinu dician qu'ella no tenía familia y por esu era invidiosa pa miral con ojuh maluh. Lo que pasaba era que la genti era mu atrasá pa creel brujeria y*

*cuhitionih del demoniu*. En Casillas de Coria escuché un supuesto caso de *aojamiento*, también por envidia, causado por una abuela materna. En él se manifiesta claramente el típico y complejo enfrentamiento u oposición suegranera: *Le pasó a una tía mía y el niñu vivi, que vivían en la casa de la madri del su mariu, qu'ehtaba en el serviciu de Melilla... Cuandu doh mujerih andan juntah el diablu se relamhi el rabu y el culu... ¡Venga a riñil..., venga a ehtiralsi del moñu a toah horal y por to! Que la suegra siempri con gana de joel a la noera, a mi tía, peru le faltaban riñonih, porqui mi tía tenía máh cojonih que la otra... A la bruja no le vinu peol idea que tomala con el nietinu y, al sel tan malita, se conoci que rezó el Padrimuehtru del revé pa miral al niñu y l'ombrujó del mal d'oju, que le salieron graninuh en la lengua y le se caía el pelu a mechonih, y ni dormil ni na... Tuvu c'apañal loh javiuh y dílsi pa la casa d'una prima, to pa no matal a la otra puta mala... C'al poquinu el niñu se sanó.*

Son éstos dos ejemplos sintetizadores del centenar largo de los recogidos en los pueblos cacereños. Una vecina o una mujer de la familia pueden ocasionar el mal de ojo si así lo desean. Las razones para ejecutar la fascinación son de muy diversas índoles, pero entre ellas merecen tener en cuenta la envidia del sujeto agente, la malquerencia y la venganza, que algunas veces se confunden con el «castigo divino». Lo último queda patente en la siguiente narración: *En ehti puehlu (Talaván) el cura daba papelih pa comel' carni. La bula, que costaba una peseta. Una mujel vieja venía por lah casah: «Pa la bula de la cruzá, una pesetas por ca unu de la casa.» La tía bulera pa mi c'algo se ganaba del trabaju... Cuandu vinu a la mi casa tenía yo al niñu a la puerta cojiu, así en jarra... ¡Qué montri! ¡Pesetah tenía yo pa dali al cura! Me se pusu de frenti, clavá del to, plantá, peru que bien plantá y mirándumi al fiju, pa dicilmi que ya iría yo andi el cura a por la bula. Comu ni lo oyiu. Peru cuandu a la nochi voy a dul el pechu al niñu, ni una gota de lechi; me voy a la cabra, y lah tetah vaciáh. Al poquinu ratu dihpué le d'al niñu com'un golpi y se quea sin airi, pa morilsi... ¡Bien que moh pusu el ojamientu la bulera! ¿Que qué jici? Pagal la hula comu to crihtianu, y toh moh pusimuh bien. En otro párrafo la informante explica lo que, a su entender, constituye un mecanismo persuasorio. El sacerdote, incapaz de vender las bulas ni amenazando a sus feligreses con el pecado, puede conminar a los parroquianos valiéndose de sus propias supersticiones. Es así como echa mano de una vieja beata con fama de fascinadora para obligar al pueblo, como se vio en la cita precedente, a cumplir con sus deberes de buenos cristianos.*

Se da la curiosa circunstancia de que las mujeres relacionadas con la Iglesia tienen una especial virtud para transferir el mal de ojo: beatas, santeras o ermitañas, «sacristanas» y amas de curas. No siempre el mal es producido voluntariamente. Incluso algunas de estas mujeres ignoran su funesta cualidad. La madre del que hacia los años cincuenta fue cura de Ahigal, ya ambos fallecidos, tenía una mirá ehtiraviá que jacia malih sin el deséu de jacelu, porqui la probi era una santita y de güen seguru qu'ehtá en el cielu. Lo qu'era que tenía un oju mirandu p'al rabillu, y encima una verruga mantecosa en toita la puntina de la nariz. Cuandu mehmu cualquiera iba con un niñinu chicu a'n ca el cura pa llevá aceite o güevuh, porqu'era mu míseri de güenuh qu'era, que no cobraba na. Poh si ehtaba la su madri y le daba pol miral al niñu: «¡Oh, qué niñu máh guapu y máh preciosu!», poh éhti, ¡gua, gua,

*gua!, a lloral com'un dehcosiu y a tiritál. Pa mí qu'el cura sabía lo del oju malu de la su madri y eh que siempri que s'empezaba la verraquera jacia una cru con la cru d'un rosariu en la frenti del niñu y el niñu se callaba el picu comu si na. Si no ehtaba el cura, el niñu gomi-randu... y, aguardati, c'a lo mejol s'iba p'al entaba, o l'entraba cagueta, o siguiá tiritón y llo-jalbegáu.*

A principios de siglo recorría el norte de la provincia un matrimonio anciano, que se decía que eran ermitaños de la Peña de Francia, en demanda de limosna. Se acompañaban de una pequeña imagen de la Virgen serrana. En Palomero aseguraban que la viejina tenía el mal de la vihia. Yo digu l'oyiu de p'atrá. ¡La probi, lo que jadría pa no dañal! ¿Ve uhté loh pañueluh negruh de pa la cabeza? Asina traía ella unu, mu grandí, hasta bien p'abajo de lah naricih... y encima siempri mirandu pal suelo y rezandu. El que pidía era el su hombri: «Limohna pa la Virgin de la Peña, limohna pa la Virgin de la Peña.» Siempri con la cabeza morrá. Si miraba quiciá un tiehtu, que se rompía; que si miraba la merienda, que dihpué llencita de gusanuh; y no te digu na si miraba pa un muchachinu... Cuandu se maginaban que vintan por Muheda o por el Casal, ya ehtaban los niñuh chiquinuh sin salil de casa y sinansomalsi. Me d'a mí qu'esu del mal de la vihta será del mo d'una letrecidá que sali de loh ojuh y a lo que toqui l'omputeci.

En Guijo de Galisteo me contó su relato una mujer, próxima a los ochenta años, que en la más tierna infancia fue víctima del mal de ojo. *La mi madri ayuaba a lah cosah de la iglesia, comu barrel y laval mantelih. Un día jaci a llevá loh mantelih y me llevó a mí cojía pa no dejalmi sola, qu'eh que yo tenía ni pa un añu. ¡Hala, pa la iglesia! En la iglesia ehtaba una que se llamaba tia..., que ponía lah velah y limpiaba el cobri y esu de la iglesia, comu el sacrihtán. Y la mi madri: «Me coja un ratitu la niñu pa ponel ehtu al altal.» Moh vamuh pa casa y yo que no comu, que m'empiezu a queal blanca, que me pongu a lloral... Ni medicu ni na..., ni cura ni polingui. Aluegu ya cuyó la mi madri que la sacrihtana tenía un oju blancu con una cortina de caracata y esi oju m'abia infehtáu..., porqui, ¿a vel si no? Se jue a la casa de la sacrihtana a dicilsi y ella le dio la medalla de la Milagrosa pa ponélsila pa que me curara..., y me curé. Y aqui ehtá una pa contalu. La que tie el oju viciáu no se lo pue quitál comu no sea que se l'arranqui.*

En estos tres últimos casos vemos la involuntariedad de la fascinadora para producir el mal de ojo. En uno de ellos, el de la ermitaña, la propia mujer conoce su maléfico poder y mira para el suelo con el fin de no herir. Por lo que respecta a la madre del cura, ella es ajena, aunque su hijo se ve obligado a obrar en consecuencia para contrarrestar los efectos perniciosos. Es en la tercera de las citas donde encontramos que la causante de la enfermedad se convierte en curadora de la misma.

Otro tipo de aojamiento es el que viene unido a la menstruación de la mujer y que, según los datos de que dispongo, hizo su furor en Calzadilla y en los pueblos limítrofes. *El mal de la sangri era cuando tenían el meh. La sangri de lah mujerih aentru del cuerpu se poni mala y jaci fuerza pa salil por ondi sea. La mehmú se va p'abajo que p'arriba... máh p'abajo que p'arriba..., y tamién algu va loh ojuh, que se quean sangriuh. Va una d'ehtu qu'éhté asín y coji al niñu, o sólu lo mira, y con esu lo deja hechu un beleguín... Se conoci que la sencia de la sangri mala va d'oju a oju.* En Guijo de Coria la menstruante únicamente produce el mal de ojo si confluyen en ella las peculiaridades de no ser virgen y hallarse en estado de soltería. El niño enfermo presentará manchas rojizas por todo el cuerpo, que en cierto modo recuerdan la sangre periódica. Siempre que la mujer esté mala ha de evitar por todos los medios acercarse a un pequeño, prohibición que también atañe a la madre. En este caso puede ser la abuela materna quien la supla en las atenciones al niño. Por su calidad de impura, la menstruante, según se ha creído fielmente en la Alta Extremadura, influía negativamente sobre personas, animales, cosechas, etc. No es de extrañar, por consiguiente, que en esos días críticos se mantuviera a los niños alejados de su presencia. En algunas poblaciones de La Vera la mujer que sufría la regla se ataba una cinta roja a la muñeca y de esa manera, sin necesidad de palabras, anunciaba a la protectora de la criatura su posibilidad fascinadora momentánea.

El ajeno a una comunidad rural ha sido siempre objeto de recelo por parte de los paisanos. La llegada de un forastero, y eso lo he podido observar en multitud de ocasiones, es mirada con una mezcla de curiosidad y de temor. Ante su aparición muchas puertas se cierran, muchos ojos lo atisban desde los postigos o a través de las cortinas y los niños son llamados por sus madres para que acudan a guardarse. Si un pequeño recibe un caramelo o golosina de manos de un desconocido no fal-

tará quien se lo arroje al suelo *por si quiciá eht'embrujáu*. La capacidad del forastero para producir el mal de ojo está reconocida sobradamente, y los ejemplos recogidos son numerosos, aunque en el presente trabajo sólo señalaré varios que tengan relación con la fascinación infantil. Un caso localizado en Ahigal: ... *y eh que con loh forahteruh teniamuh que tenel muchu tientu. Qu'eh c'aquí al mercáu venía ca domingu un chalán que compraba pa (mandar a) la provincia de Lugu. Venía, vía una vaca y decía: «Treh mil rialih tie uhté por ella.» «¡Uf, treh mil rialih...!, si por lo menuh vali sieti». Y s'iba. Pal desotru domingu venía otra ve: «Le doy a uhté doh mil rialih por la vaca del domingu pasáu». ¿Y qué pusaba? Que la tenía que vendel por esi dineru, porqui la vaca dendi el otrú domingu s'abía queáu lamíná. Esu me pasó a mí y a máh. Esi julanu jizu muchah d'esah, eru un chalán sinu. Que va y qu'ektaba pa la laguna del Ligu una con un niñu de teta, y el chalán: «Me vendu la guarrapa». La probicita mujel tenía la guarrapa pa llevá loh tohtionih pa vendeluh, así que la guarrapa no ehtaba de merca. Ni jechu a pohta. A la guarrapa le da por temblal y se mueri del tiritón, de prontu y allí mehmítu, y loh guarrapinh unu detrás d'otru jincandu el poléu. No queó to en eso. La probi mujel a correl pa casa con el criu, porqui le dio un arripíu pa morlís. ¡Lo d'Egihtu! Resulta qu'el gallegu de Lugu tenía ojuh de liebri pa ojal a la genti y al ganáu. Era un tíu de una hohtia mu mala, que si moh deshcuídamuh mo se jaci el amu del pueblu. Luegu de lo último ya no golbió p'acá, dendi que moh guipamuh lo del oju que tenía. Significativo es igualmente otro ejemplo recogido en Pedroso de Acim. La fascinación resultó ser una señora nueva, que llegó con un señor máh mayol qu'ella y venían comprandu lah cosah de l'antigüedá, candilih, candilejah, ropa d'anti, cosah de p'atrú... pa ponel un muséu de Madri. Nusotra con tal de sacal cuatru perrinah la metíamu en casa pa enseñali to y moh daban güenuh durituh. La señora paecía encariñá con loh nenih de lah casah... Al míu le jizu caricia. La mala suerti que se jue y moh pago bien, y c'al ilsi toh loh muchachimuh de ondi entró ehtaban con una fiebri y unuh calorih mu grandih... La mujel aquella tenía mal de la vihta y yo vía que se quitaba loh lentih pa vel a lo cerca, comu a loh niñuh y asín, que loh queó maluh del mal de la vihta. De verdá de Dioh, que lo ve to, que lo debió de jacel sin querel, porque daba la pinta de mu güena; jue mu güena y moh pagó mu bien, mu bien... De toah manerah eh menehtel cuidiaitu con loh forahteruh p'averigual la pata que cojean.*



El paralelismo de la anterior cita con otra de Valdastillas es evidente, si bien el causante del mal es un sacerdote foráneo encargado de realizar unas suplicias: *Al buen señol le tocó loh oficioh del Corpu, qu'eh cuandu llevaban a loh niñuh naciuh del día esi a un añu p'atráh pa qu'el cura le jiciera la curó con el Santísimo. La bendición de cura era cuandu la procesión del Corpu. Al otru día toh tenían jipu, de fiehri y una dehcompohitura que cagaban verdi... y esu por la razón de la mirá fija del cura, que tenía un miral comu de culebra. El cura s'enteró que la genti decía esu d'el y el buen señol (no dijo) ni piu, peru al otru añu siguiuenti pa que las madrih llevaran a loh muchachinuh a la procesión se plantó unah gafah ajumáh y no pasó ni tampoc'un pelu. Si no llega a llevar lah gafah, el cantal seguritu c'abría síu d'otra manera diferenti.*

En la lista de *ojaorih* desconocidos, amén del cura suplente, del chalán de turno, de la pesquisidora de antigüedades y de la ermitaña, a los que ya nos hemos referido, hay otra serie de personas venidas de fuera a las que el pueblo les atribuye idénticos poderes fascinadores: el mendigo, el recaudador de impuestos, el secretario de Ayuntamiento, el inspector de Hacienda y el vendedor ambulante. La lista me fue dictada en la cuenca del Arrago. Una mujer de Hernán Pérez señalaba que los adscritos a esas profesiones son *presonah de to pa pidil y na pa dal, pa sacali loh cuartuh a loh dehgraciátuh...*; son *presonah de natural malu y d'ehintu también malu. Le se nota en loh ojuh, que tienin loh ojuh viciáuh.* En otros pueblos las opiniones no difieren en gran manera. El maestro se puede añadir al conjunto en una amplia área del norte de Cáceres. No hace muchos años una madre de Nuñomoral impedía a su hijo acudir a la escuela porque *el muehtru lo miraba mal, y asín no comia na y se ponía malu.*

Pero regresemos al ámbito de los fascinadores locales. Notaremos que hay personas capaces de producir el aojamiento en razón de algún defecto ocular: tuertos, bisojos... Por ningún motivo un niño de pecho será sacado en ayunas a la calle, puesto que de encontrarse con un tuerto moriría instantáneamente. El médico de un pueblo próximo a la capital me indicaba que algunas mujeres traían a sus hijos a la consulta con la cabeza totalmente cubierta por el miedo que les infundía tropezarse con personas de *vihta ehtraviá* en el camino o en la sala de espera. La aparente incredulidad actual no significa que el temor sea algo desterrado y haya dejado de valorarse. Tengo sobrados conocimientos de que ahora mismo son muchas las madres que impiden, valiéndose de los más dispares procedimientos, que los *bihcupardalih, reviráuh, ojigarzuh, ojuh alunáuh, ojuh de sangri, calimuh*, etc., se acerquen a la cuna del pequeño. El que «el niño duerme» o que «el niño está malito» son las disculpas menos originales para salir del paso y la reiteración de las mismas ha sido causa de conflictos familiares cuando entre los vedados hay lazos de parentesco.

Sin ningún género de duda, la fascinadora extremeña por excelencia es la bruja. Al contrario de lo que hemos visto en la casi totalidad de los aojadores anteriores, la bruja manifiesta siempre su voluntariedad de hacer el mal. Para ello se vale tanto de su presencia física como de la *mirá* de su espíritu, forma esta última con la que suele presentarse a los rorrós para dañarlos del mal de ojo. Hoy sigue siendo «cierto» la existencia de brujas en algunas alquerías de Las Hurdes Altas. Hace un par de años un colegial de la Escuela Hogar de Nuñomoral, con el que mantuve una sabrosa conversación, me contaba cómo una bruja de su pueblo, Aceitunilla, había embrujado o, mejor aún, fascinado a tres niños, todos hermanos, y a una camada de cerdos, propiedad de los padres de los muchachos. Uno de estos niños, el más afectado, no había cumplido los tres meses. El informante aseguraba conocer a la bruja y sabía que actuaba por envidia. *Pal otru día s'abían puehtu toh güenuh, porqu'el padri agarró a la tia (nombre de la bruja) y le diju que si al otru día no se sanaban le cortaba el pehcuezu.* El hecho había tenido lugar una semana antes de que me fuera contado. En Vegas de Coria escuchamos un caso parecido. La bruja fue obligada a romper el hechizo contra un niño recién nacido. *Esa bruja era mu golosa y tenía malu a mi hermaninu. Jue mi padri y pus'un jamón y le pinchó al jamón un papel con cosah ehcritah d'un libru de la*

*misa. Cuando entró la bruja pa il ondi el mi hermaninu vio el jamón y se jaci a cojelu y se queó pegá en el papel con la manu, sin movelsi. Ju'entonci mi padri p'allá y le jarreó una paliza y no la dejó hahta qu'el mi hermaninu se pusu güenu. A esa se le quitórin lah ganah de golvel a la mi casa.* Sucesos como estos, sin apenas variaciones destacables, los hemos oído por Aceitunilla, Martilandrán y Aldehuela, y son comunes a la mayor parte de Las Hurdes y Sierra de Gata.

Algunas narraciones o cuentos jocosos indican lo común que debió de ser la creencia en la fascinación brujeril en toda la provincia de Cáceres. Dos ejemplos son ilustrativos, ambos sacados de la recopilación, aún inédita, de relatos extremeños hecha por Juan Paniagua. El primero cuenta la historia de una bruja, algo ciega por cierto, que desempeña su oficio arojando a los niños del pueblo. La madre de un recién nacido, temiendo la maldad hechicericil, saca al pequeño de la cuna y coloca en su lugar un gato negro, único animal contra el que la bruja no puede ejecutar la maléfica acción. La malvada mujer se acerca a la cuna con la intención de fascinar a lo que ella cree un niño, pero en ese instante el gato le salta a la cara y con las garras le vacía las cuencas de los ojos. Privada de la vista, la bruja pierde su condición, convirtiéndose después en una señora modélica. En la otra narración la bruja es engañada con unos ojos de cera colocados en el interior de un cepo gigante. Al ser la noche cerrada, la bruja confunde aquellos ojos con los de un niño de pecho y, al aproximarse a ellos, cae en la trampa. Tocan las campanas y acuden los vecinos del pueblo, quienes reconocen a la bruja y, en castigo a su maldad, la emparedan en la torre de la iglesia.

Las madres cacereñas, sobre todo hasta mediados de siglo, han conocido muchas medidas profilácticas para evitar el aojamiento de sus más tiernos infantes. Destaca, en primer lugar, el alejamiento del niño de los supuestos fascinadores. Sigue luego el conjunto de prescripciones mágico-religiosas. A este punto dedicaremos la atención en las próximas líneas.

Resulta obvio señalar que son numerosos los amuletos que a lo largo y ancho de la provincia defienden contra el mal de ojo. Generalizado es el uso de esquilitas, cascabeles y sonajas, algunos de plata u oro, que se atan a la muñecas del niño y al lecho, y cuya principal finalidad consiste en alejar todos los males, incluidos los que analizamos. En Madroñera ponen a los pies de la cuna, metidos en un tubo de lata, hojas de ruda y granos de sal. Es

la ruda precisamente el remedio que mayor confianza ofrece en Alía. La «Regla de San Benito» metida entre los pliegues de las sábanas fue de uso común en Hervás, Santiago del Campo y Descargamaria. Por la Vera de Plasencia les colocan bajo la almohada una bolsita en cuyo interior se hallan una o dos flores de baileo, una crucecita de madera de moral cortada en el momento de la elevación de la misa del día de la Ascensión, una moneda de dos cuartos y un trozo de los calzones de un hombre llamado Juan. En Oliva de Plasencia y Almaraz remedian la situación poniendo una cabeza de ajo en un lugar visible de la habitación donde duerme el pequeño. En Benquerencia cosen a la sábana superior de la cuna un trozo de cordón umbilical envuelto en una tela roja. No faltan lugares en los que prenden a las ropitas una medalla de San Benito, como ocurre en Alcántara y Brozas, o le sujetan al cuello o a los tobillos una bolsita con lascas del ara de alguna iglesia, como sucediera en Membrío. Las higas antifascinadoras proliferaron en Valencia de Alcántara, Salorino, Eljas, Valverde del Fresno, Cedillo y otros pueblos cercanos a la frontera portuguesa. Los materiales empleados en la fabricación de las higas han sido principalmente el cuero, la plata, el hierro, la madera y el azabache.

No todas las enfermedades infantiles provienen del mal de ojo. Estas tienen sus propios síntomas y son inconfundibles. El niño arojado pierde el apetito, llora sin descanso, se demarca, tiritita, sufre ataques epilépticos, se le llena el cuerpo de granos, le salen manchas rojas en la piel... y puede llegar a morir. Médicamente se podría decir que la mayor parte de los síntomas que caracterizan a un niño fascinado son los propios del raquitismo infantil, motivado por la desnutrición y el debilitamiento del organismo.

Al ser el aojamiento una enfermedad cultural, hasta épocas muy recientes los médicos nada tenían que ver en su curación y ni tan siquiera se les consultaba. Modernamente, y sólo cuando los métodos tradicionales fallaron, el galeno comenzó a tenerse en cuenta. En la zona de Valencia de Alcántara (Cedillo, Carbajo, Santiago y Herrerueta) aseguran que a la fascinación sólo puede ponerle fin la misma persona que la causó u otra persona provista de idénticos poderes. En Salorino llevaban las ropas sucias del arojado a un curandero o entendido, quien sanaba al pequeño sin necesidad de verlo o de actuar sobre él directamente. Ante las ropas, el curandero vierte en un recipiente de barro un poco de agua, y sobre ella de-

posita unas gotas de aceite o cera, bendiciendo seguidamente el líquido y musitando una oración ininteligible. En Las Hurdes cocían en un caldero los vestidos del enfermo y rezaban algunas plegarias. En Casar de Palomero y Ahigal se ahumaban con pases sobre el fuego. El propio niño fascinado se sahumaba tres veces seguidas en una hoguera de romero, laurel y plumas de gallo. Así procedían en la Tierra de Granadilla. Amuletos sanadores muy extendidos por la provincia son las higas, ya utilizadas como profilácticos, el espolón de gallo, el colmillo de jabalí, la bula, *el rosariu de sesenta bolinah* y la almendra o nuez llena de mercurio.

Una bruja nunca cura el mal de ojo causado por ella misma, a no ser que alguien la «obligue», como ya hemos tenido ocasión de ver. No ocurre así con el que produce el maleficio involuntariamente, que suele prestarse gustosamente a reparar el mal. Según los lugares, esta persona actúa de diversas maneras. En Acebo frota las mejillas del pequeño con agua bendita. En Monroy «santigua» al niño con una ramita de hierbabuena mojada también en agua bendita. En gran parte de la provincia el asperje con ese agua se hacía indispensable para sanar a un aojado, habiendo de estar compuesto el hisopo de romero, verbena, hierba doncella, salvia, menta, ruda, valeriana, artemisa y albahaca, atadas todas las plantas a un palo de avellano silvestre, con un hilo fabricado por una doncella. En Cabezuela traza, valiéndose de un diente de ajo, una cruz sobre la frente del niño enfermo, otra cruz sobre el pecho, otra en cada una de las plantas de los pies y dos más en los ojos.

Los conjuros son de gran efectividad curandera y abundan en la región. Sin embargo, su gran poder depende de la utilización por las «especialistas» de turno. En los pueblos cercanos a la provincia de Toledo el paciente ha de soportar tres cruces: en el pecho, en la boca y en el estómago, que la curandera local le traza con el dedo pulgar de la mano derecha untando en el agua de la lámpara del Santísimo. El acto se acompaña de la correspondiente formulilla:

*Dos ojos te han hecho mal  
y tres te van a sanar,  
que son las tres personas  
de la Santísima Trinidad.  
En el nombre del Padre (†)  
y del Hijo (†)  
y del Espíritu Santo (†).  
Amén.*

Conjuros parecidos al anterior se encuentran en el sur de la provincia. En Las Hurdes la oración, un tanto más complicada, es como sigue:

*El maldoju lo jizu cuatro ojuh,  
Santa Isabel y su madri tamien.  
El que echó maldoju  
se lo quitará otra ve.  
En el nombre del Padre (†)  
y del Hijo (†)  
y del Espíritu Santo (†).  
Amén.*

Por tierras de Las Villuercas la formulilla, especialmente dedicada al niño de pecho enfermo, viene salpicada de cruces sobre la frente. De las variantes recogidas, es ésta la que considero más significativa:

*Dos ojos te miraron  
y dos ojos te han hecho mal.  
Pero otros seis ojos  
te van a sanar:  
dos ojos de Cristo,  
dos de la Virgen  
y dos de San Juan.  
En el nombre de la Virgen María,  
recemos un avemaría.  
Por los tres clavos,  
por las tres cruces,  
por la corona cruel:  
muera el mal  
y venga el bien.*

## EL MAL DE LA LUNA

Otro agente perturbador de la salud del niño de pecho es la luna. Sus efectos sobre el pequeño son casi iguales a los derivados del aojamiento. No en vano, desde la más remota antigüedad, la luna ha sido considerada un ser viviente. No hace todavía dos años que un alfarero de Ahigal «instruía» a una nutrida concurrencia, entre la que me encontraba, en su propio taller: *¿Quién ha oyiú la televisión? Solitu que bobáh... Ultimitu que dicin que la luna eh un ahtru. Con esu moh jan saltáu. ¡Bobah! Esuh ni s'an quipáu, ni s'han vihtu la luna... bien claru ehtá qu'eh una presona, comu cualquier genti. Bien claru se ve to cuandu ehtá crecia: loh ojuh, lah naricih, la boca, la barba..., to. Eh una presona..., una presona bahtanti malina y dañina. Tú matah un guarrapu con la luna crecia y dejah al serenu la carni tierna, recién matá, y la luna se la muchaca comu cualquiera, se la jinca, la deja maleá. Y si mehmamenti ponih a un muchachinu*

*tiernu, de poquinu tiempu, la luna s'encarga de dejalu maliciaú.* Esta creencia, que basa una parte en la «observación directa», fue muy general en la provincia de Cáceres, donde a la luna se le atribuyó sexo femenino y se la emparentó, o se la simló, con la bruja, la noche y las fuerzas malélicas.

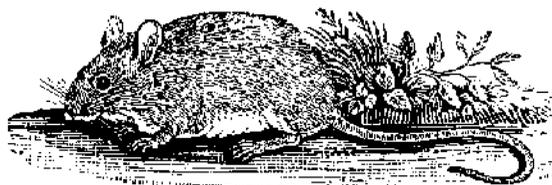
Los efectos perniciosos del satélite pueden llegar al niño a través de su madre o directamente. El primero de los casos es posible cuando el pequeño mama de unos «*pechuh alunaúh*». Ya vimos en otro trabajo cómo las madres y las nodrizas utilizan ciertos objetos y mecanismos profilácticos. En el segundo de los supuestos se tratará de evitar el alumamiento de la indefensa criatura con precauciones «lógicas». Bajo ningún concepto se sacará al niño a la calle tras la puesta del sol. Las noches de luna llena han de cerrarse totalmente las puertas y las ventanas, ya que *cualquiera rejendijina sobra pa qu'entri y la coja la luna al niñu*. Los pañales nunca se dejarán al sereno, porque el mal podría adherirse a ellos, que lo transmitirían a la criatura posteriormente. Estas medidas precautorias se intensifican cuando se produce un eclipse lunar. En Torrejoncillo afirman que *lah nochih c'ay era (eclipse) la luna s'enrabia y jarrea mordihconih pa ondi puedi...*, y *al niñu que coji pol delantri lo dej'alunáu*.

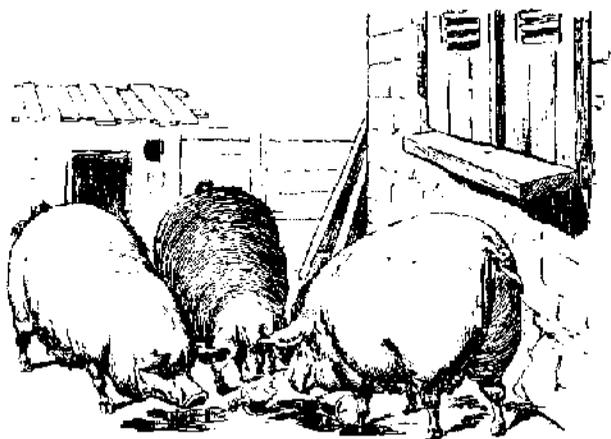
Sin ningún género de dudas los amuletos son lo más eficaz para contrarrestar las influencias malélicas de la luna. Tienen forma de cuarto creciente y su fabricación se hace de los materiales más diversos, desde el papel al metal. Característica de los amuletos lunares infantiles es el haber sido hechos en el Viernes Santo, aunque no faltan pueblos en los que al igual que los maternos se hayan confeccionado el día de la Ascensión. Por lo general se llevan atados al cuello o a la muñeca, y, en menor medida, cosidos a los vestidos y a la ropa de la cuna. Modernamente son muchos los lactantes cacereños que siguen haciendo amuletos

lunares como simples adornos y desprovistos del significado que tuvieron hasta hace algunos años.

A mediados de siglo José Ramón y Fernández Oxea escribió un bello trabajo sobre los amuletos lunares cacereños y su utilidad profiláctica en aquellos momentos. El contraste con los tiempos actuales salta a la vista. Con la pérdida de la función es evidente que en las últimas décadas son miles los amuletos que han desaparecido, algunos de ellos auténticas joyas de orfebrería. Sin embargo, aún hemos tenido ocasión de admirar y de estudiar muchos amuletos de este tipo en bastantes poblaciones de la geografía cacereña: Nuñomoral, Cabezo, Fragosa, Torrecilla de los Angeles, Casar de Palomero, Guijo de Granadilla, Ahigal, Santibáñez el Bajo, Torre de don Miguel, Villamiel, Guijo de Galisteo, Montehermoso, Zarza la Mayor, Mirabel, Torrejoncillo, Baños de Montemayor, Cabezabellosa, Villar de Plasencia, Coria, Acchúche, Cáceres, Valencia de Alcántara, Membrío, Arroyo de la Luz, Aldea del Cano, Alcuéscar, Almoharín, Logrosán, Aldea de Trujillo, Madroñera, Talayuela, Trujillo, Galisteo, Zarza de Granadilla, Aldeanueva de la Vera y El Piornal.

Todas las madres cacereñas durmieron a sus hijos, meciéndolos en las cunas o al arrullo de los brazos, al ritmo de una canción de inmensa ternura. El estudio de este cancionero llenaría páginas enteras y las características de este trabajo sólo nos obliga a citar algunas de las cancioncillas más populares: *Al ten ten; Duerme, mi niño; Nanita nana; Ea, la nana; Arroró, mi niño; Mi niñito duerme; El piojo y la pulga; Ea, mi niñito; Corazón mio...* Un análisis a fondo de gran parte de estas manifestaciones literarias que son los cantos de cuna nos descubriría la utilidad preservativa que antaño tuvieron, por cuanto que no se nos escapa su empleo como formulillas y conjuros para ahuyentar las fuerzas malélicas del entorno del rorró.





El santoral y la matanza están íntimamente relacionados. San Martín y San Andrés siguen estando presentes en la mente de los campesinos, siempre más atentos a las festividades que a la lógica del calendario. El santo más nombrado es, sin duda, San Martín: *A cada cerdo le llega su San Martín*, que es igual que decir a cada uno le llega el tiempo de pagar por sus faltas o por sus excesos, coincidiendo con el conocido proverbio:

*No hay plazo que no se cumpla  
ni deuda que no se pague.*

La frase, lógicamente, alude a los cerdos, que después de haber estado todo el año encenagados, cuidando sus amos sólo de cubarlos, llega la época de la matanza y se acaba con ellos cumpliéndose su destino: *engordar para morir*.

El refrán ya aparece en el *Quijote* (cap. 62 de la 2.ª parte). Cervantes dice, refiriéndose al Quijote de Avellaneda: «Ya yo tengo noticias dese libro — dijo don Quijote—; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente: pero su San Martín se le llegará como a cada cerdo...»

El San Martín que menciona el refrán es San Martín de Tours, cuya fiesta se celebra el día 11 de noviembre, y es en teoría el momento en que se puede empezar la matanza del puerco.

Esta identificación de San Martín con la matanza aparece reflejada en muchos refranes:

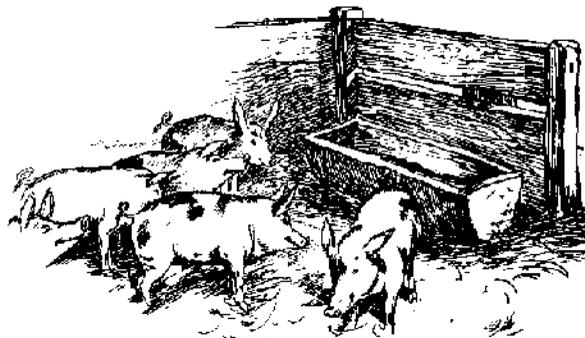
- *Por San Martín mata la vieja el cochino.*
- *Por San Martín deja el cerdo de gruñir.*

- *Tu cochino, para San Martín.*
- *Por San Martín, mata tu gorrín y destapa tu vitín.*
- *Por San Martín, prueba tu vino y mata tu cochino.*
- *Por San Martín, se mata el gorrín; por San Andrés, a dos y a tres.*
- *Por San Martín, mata el pobre su cochino y por San Andrés (30 de noviembre), el rico los tres. La segunda parte del refrán nos viene a decir que los ricos matan tres porque tres puercos tienen seis tocinos, doce pies y tres bocicos. A los ricos, claro está, nunca les ha gustado aquello de la misa y el marrano, una vez al año, especialmente lo último.*
- *Por San Martín, mata tu gorrín; por Navidad, flaco y gordo, todo va.*

Aunque en algunos lugares adelantan la matanza coincidiendo con el día de San Lucas (18 de octubre) o con el día de San Simón y San Judas (28 de octubre), no es aconsejable precipitarse, puesto que *quien mata su cochino temprano, tiene buen invierno y mal verano*, y *El que mata por los Santos, en el verano come cantos*. El día uno de noviembre todavía es demasiado pronto, y no digamos San Lucas o San Simón.

- *Por San Lucas, mata tus puercos, tapa tus cubas y para tus yuntas.*
- *San Simón y San Judas, mata tus puercos y tapa tus cubas.*

Si el cerdo sigue con vida después de San Martín, hay varios refranes que nos lo vuelven a recordar:



- Por Santa Catalina (25 de noviembre), mata tu cochina; por San Andrés, mata tu res; y si no tienes que matar, mata a tu mujer.
- Por San Andrés, hay puercos gordos que vender. Esto lo dicen las personas que crían más de un cerdo, siendo uno para casa y otro u otros para vender.
- Por San Andrés, mata tu res, flaca o gorda o como esté.
- En San Andrés, chico o grande, ha de caer.
- Por San Andrés, toma el puerco por los pies; si no lo puedes tomar, déjalo hasta Navidad.

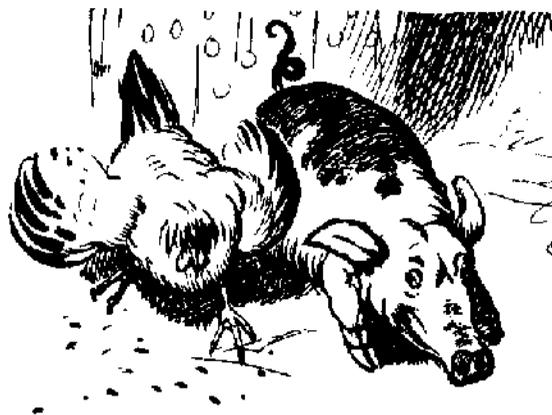
A pesar de estos refranes, el mes más propio para esta celebración familiar y tradicional es el mes de diciembre, prácticamente hasta finales. Es la época más propicia, porque suele hacer frío, caen buenas heladas y el cerdo se orea perfectamente:

- Por Santa Catalina (4 de diciembre), mata tu cochina.
- Por la Concepción (día 8) mata tu cebón.
- Por Navidad, flaco o gordo todo va.
- Por Nadal, tu puerco en sal.
- Por San Martino, encierra tu vino; por Santo Tomé (día 29), toma el cochino por el pie.
- Por Santo Tomé, quien no tuviera puercos que mate a su mujer.

El último santo que recuerda la celebración de esta fiesta, tan arraigada en nuestros pueblos, es San Antón, festejado el día 17 de enero:

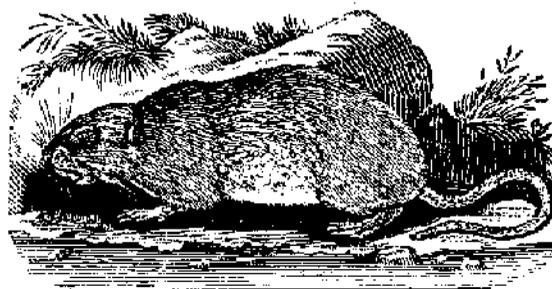
- A cada lechón le llega su San Antón.

¿Por qué esta abundancia de santos refraneros para referirse a un mismo hecho? Si tenemos diversidad



de refranes repetidos en distintas zonas rurales, ello quiere decir que el hecho en sí era importantísimo. Hay que partir, en principio, del influjo del santoral en la vida y costumbres de los hombres del campo, que siempre se han guiado por las festividades religiosas. Y, en segundo lugar, porque el cerdo aseguraba el abastecimiento de carne a la mayoría de las familias (jamón, costillas, tocino, chorizo...) Costaba muy poco criarlo: patatas cocidas, salvados y restos de comida, siguiendo al pie de la letra el modismo *para cerdos, buenas son bellotas*. Si además de esto, añadimos que su carne es sabrosa, se conserva muy bien y que del cerdo se aprovecha todo, entendemos perfectamente la costumbre y necesidad de la celebración de la matanza:

- Del puerco hasta el rabo es bueno.
- Cuarenta sabores tiene el cerdo, y todos buenos.
- Desde la cabeza hasta el rabo, todo es rico en el cerdo.
- Si quieres pasar un mes bueno, mata un puerco.





**Obra Cultural de la Caja de Ahorro Popular**  
VALLADOLID